



*Retrato de un gentilhombre Ingles.
por Henry Raeburn
1756 y 1823*

OLEO DE ESCUELA INGLESA

PROPIEDAD de L. LORENZO FELLERANO



LOS NIÑOS EN EL ASBURY PARK



UN ASPECTO DEL DESFILE INFANTIL REALIZADO ÚLTIMAMENTE EN EL ASBURY PARK DE NUEVA YORK, AL TERMINARSE EL GRANDIOSO CONCURSO QUE TODOS LOS AÑOS SE CELEBRA EN AQUEL PARAJE A DONDE ACUDEN LOS NIÑOS MÁS LINDOS, A QUIENES SUS PAPÁS DISFRAZAN CON TRAJES VISTOSOS.

Consejos sencillos y prácticos para conservar la belleza.

Por Mlle. ALICE DELYSIA



Cabelleras Onduladas.

Pocas personas saben que el stallax puede ser usado como shampoo y que es mucho mejor para este propósito que cualquier otra sustancia. Tiene una natural afinidad con el cabello, dejándolo lustroso, aterciopelado y pronunciadamente ondulado. Una cucharadita de las de café llena de stallax granulado, disuelta en una taza de agua caliente, es más que suficiente para el objeto. El stallax legítimo se vende en las farmacias, sólo en paquetes sellados, conteniendo una cantidad suficiente para hacer de veinticinco

a treinta shampoo. La brillantez que confiere al cabello es completamente inimitable e indescriptible.

Un secreto contra los Barrillos.

Los puntos negros, cutis grasientos y extensión de los poros del rostro son molestias que generalmente nos asaltan juntas, pero podemos combatir las al instante por medio de un nuevo y único procedimiento. Se echa en un vaso de agua una tableta de stymol (de venta en las boticas), que produce vivamente una rizada espuma. Cuando la efervescencia ha pasado, se baña el rostro con el agua «estimulizada», y después se seca con una toalla. Los intrusos puntos negros salen espontáneamente y desaparecen en la toalla, y los grandes poros grasientos se contraen como por encanto y se borran de la cara. No se produce ninguna opresión; fuerza o acción violenta. El cutis no sufre daño alguno y queda alisado, blando y fresco. Unos cuantos de estos tratamientos, con intervalos de tres o cuatro días, dan permanencia a esta belleza y se obtiene rápidamente la limpieza del rostro.

Para evitar el Vello.

Es cosa muy fácil hacer desaparecer temporalmente el vello; pero evitar definitivamente esa innecesaria abundancia de pelo es ya otro problema diferente. No son muchas las damas que conocen los satisfactorios efectos que para ese re-

sultado produce una sustancia tan sencilla como el porlac pulverizado aplicado directamente al pelo. Este tratamiento se recomienda no sólo para hacer desaparecer al instante el vello o las superfluidades del cabello, sino para matar sus raíces por completo. Casi todos los boticarios pueden venderle a usted una onza de porlac, cantidad suficiente para el experimento.

Por qué las actrices nunca envejecen

De todo lo concerniente a la profesión teatral, nada hay más enigmático para el público que la perpetua juventud de sus mujeres. ¡Con cuánta frecuencia oímos decir: «¡Cómo, si la vi hace cuarenta años en el papel de Julieta, y no representa ahora un año más de edad!» Naturalmente, hay que tener en cuenta la manera de caracterizarse; pero cuando se nos ve de cerca, fuera del escenario, necesita la gente otra explicación. ¡Qué extraño es que la generalidad de las mujeres no hayan aprendido el secreto de conservar la cara joven! ¡Y qué sencillo es comprar un poco de cera pura mercolizada en la farmacia, aplicársela al cutis como cold cream, quitándola con agua caliente por la mañana! La cera absorbe la cutícula vieja en forma gradual e imperceptible, dejando el cutis nuevo y fresco, libre de arrugas y otras fealdades. Esta es la razón por la cual las actrices no tienen la cara desfigurada con manchas, barrillos, etc. ¿Por qué nuestras hermanas del otro lado de las candilejas no aprenden y aprovechan esta lección?



La manera más fácil

La manera más simple y práctica para pulir y conservar el acabado de los pisos, es aplicar la Cera Preparada de Johnson con un lienzo. No se requieren cepillos, rociadores ni estropajos. Nada mas aplíquese la cera con un lienzo seco. Con muy poco frotamiento se obtendrá un lustre de gran belleza y durabilidad. La

CERA PREPARADA DE JOHNSON

es más que un pulimento. Como preservativo es maravillosa, porque al aplicarla forma una capa delgada que protege y guarda al acabado perfectamente bien.

Use la Cera Preparada de Johnson para pulir todo su mobiliario, trabajos de madera y pisos. Aumentará la duración de sus objetos y la belleza del barniz, cubriendo todas las rayas en los pisos.

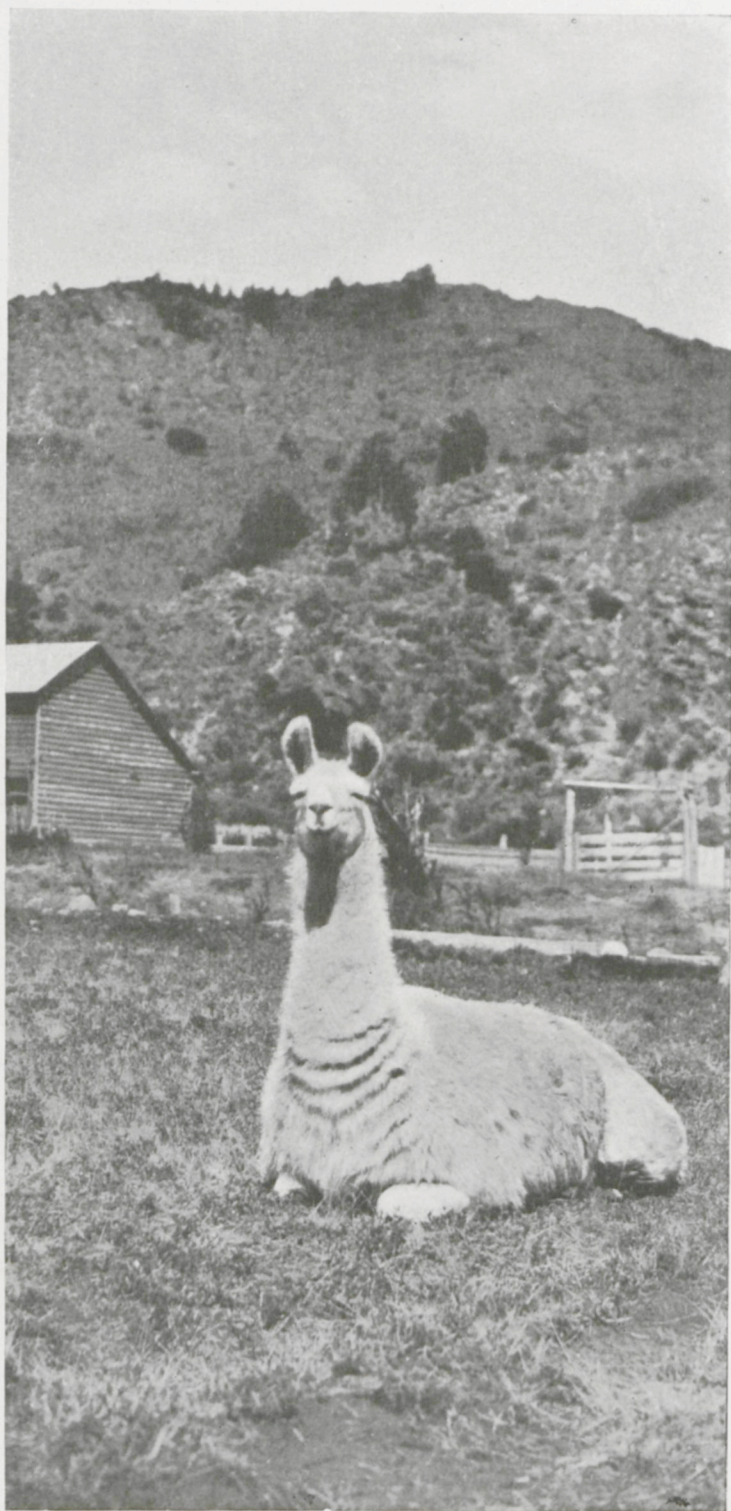


La Cera Preparada de Johnson se puede obtener ya sea en pasta o líquida — en **pasta** para pulir pisos, maderas, linóleos, mármoles, etc.; **líquida** para pulir muebles, trabajos de madera, automóviles, etc. Use Vd. la Cera Preparada de Johnson y habrá adoptado el sistema más fácil.

YAKKEE SPECIALTIES AGENCY
RIVADAVIA, 1255 - Buenos Aires
EN VENTA: Gath & Chaves; Cassels & Cia., Maipú 271; Ferreteria Francesa, Rivadavia y C. Pellegrini; Moore & Tudor, Moreno, 750; Alfredo Caches, Cangallo, 852.

S.C. Johnson & Son
Racine, Wis. E. U. A.

U N A L L A M A



Inmóvil, tranquila, mirando atentamente al fotógrafo, parece una esfinge. Hay en ella algo de monstruo simpático y de humana criatura. El cuello grácil, erguido, el cuerpo redondeado, elegante, la mirada dulce, enigmática.

Y sin embargo, la llama, la más elegante bestia de carga después del caballo, poco piensa, o poco creemos que debe pensar. Tal vez, si lográramos entenderla, sabríamos muchas cosas que ahora ignoramos.

Existen innumerables personas en el mundo que deben todo su crédito a una seriedad elocuente y continuada. Adoptan posturas meditativas, miran sin ver, abstraídas en su incommensurable vaciedad, y de este modo logran crearse fama de sabias. Solamente responden por monosílabos y esta sobriedad de palabras se interpreta como hondura de pensamiento.

Quizás la esfinge clásica, la de garras de tigre, rostro de mujer y cuerpo de felino, ofreció su más difícil enigma en esa taciturnidad que nada dice y poco oculta. El trabajo arduo consistió en dar solución a problemas que ella no proponía.

De todos modos, esta esfinge sudamericana tiene más elegancia que otras esfinges, y por poco que valga su callado pensamiento, resultará superior a muchos. Ella nos habla de trabajos sufridos pacientemente al lado del amo. De abuelos a nietos, la llama transporta cargas ajenas que nada le interesan.

BREVIARIO DE MODAS

THE SOUTH LTP AMERICAN STORES

GATH & CHAVES LTD.
BUENOS AIRES, PARIS, LONDRES

EN LA INFANCIA, LA MODA CONTRIBUYE SIN DUDA, A FORMAR EL CARÁCTER. GATH & CHAVES DEDICA A LA MODA INFANTIL ESPECIAL ESTUDIO, y SIENTE POR ELLA MARCADA PREFERENCIA. :: POR ESO SUS DEPARTAMENTOS OSTENTAN SIEMPRE SURTIDOS REALMENTE SELECTOS. x x x x x x x x x x

Los últimos



VESTIDO EN TAFFETAS
BLEU, ADORNADO CON
ENCAJE PLATEADO,
PARA CEREMONIAS.



Modelos



VESTIDO DE TUL BOR-
DADO, ADORNADO DE
CINTAS PARA GAR-
DEN PARTY, ETC.



TAPADO DE VIAJE O
PLAYA EN VELOURS
DE LAINE ACUADROS,
BLANCO Y NEGRO.





¡NO LO ESPERES!...

—No puedes decir que te toma de sorpresa mi resolución. Hace ya bastante tiempo que vengo observándote que tu cabeza despoblada de su más hermoso adorno, el cabello, sería la barrera que impediría nuestra unión.

Descuidaste mis advertencias, y hoy réstame únicamente decirte: ¡¡Jamás me casaré con un calvo!!...

Usted que cuida el detalle nimio de su vestir y con una pulcritud extremada pasa largo tiempo estudiando la confección del moño de su corbata, recuerde que el detalle vital para un exterior perfecto es una cabeza con abundante y hermoso cabello. Si se le cae el pelo o lo ha perdido Vd. totalmente, recuerde y use el remedio universalmente reconocido como INSUPERABLE:

“Específico Boliviano BENGURIA”

SU SÓLO NOMBRE ES UN SELLO DE GARANTÍA

Hace desaparecer la caspa.

Devuelve a las canas su color primitivo.

Detiene la caída del cabello.

CURA LA CALVICIE

UNICO LUGAR de ventas y consultas en la República Argentina,
atendido personalmente por el hijo del Inventor

Doctor RAFAEL BENGURIA B.

Avenida de Mayo, 1156 (PRIMER PISO)

U. T., 5753, Libertad

SOLICITE FOLLETO GRATIS

CERTIFICADOS:

Del Excmo. Señor Marqués Durand de la Penne, enviado extraordinario de Italia ante los Gobiernos de Chile y Argentina:

Señor Don Rafael Benguria B. — Santiago.

Tengo el agrado de manifestar que he quedado plenamente satisfecho de su tratamiento para impedir la caída del cabello y curación de la calvicie, siendo su Especifico verdaderamente eficaz para dichas afecciones.

Al otorgarle el presente certificado, ofrezco a usted la seguridad de mi estimación. Suyo afectísimo,

E. DE LA PENNE.

Del señor Ricardo Echeverría P.:

El que suscribe, certifica que después de haber usado por más de dos años una infinidad de medicamentos sin ningún resultado contra la caída del cabello, calvicie, etc., he usado, por espacio de cuatro meses el que venden y aplican los señores Benguria, de Bolivia, y he obtenido con él el evitar por completo la caída del pelo y tener al presente una gran cantidad de pelo nuevo, por lo que me doy por satisfecho de su resultado.

Doy el presente para los fines que convenga a los interesados.

RICARDO ECHEVERRÍA P.



“GRAN SEIS” STUDEBAKER

— el Auto Suntuoso y Práctico

El Nuevo
“GRAN SEIS”
STUDEBAKER

*De Líneas Hermosas.
Sumamente Moderno.
Mecánicamente Perfecto.*

SI bien por su majestuosidad es un espléndido y apropiado coche para ostentar en las grandes urbes, para las excursiones campestres reúne asimismo características singulares que completan el lujo y la comodidad predominantes en las grandes estancias argentinas.

La potencia reservada que desarrolla al ascender las más empinadas cuestas o al cruzar con fácil marcha cenagosos barrizales y salvar todas las dificultades del camino, es una cualidad que por sí sola ya acredita la excelencia del «Gran Seis» Studebaker.

En cuanto a su apariencia exterior, basta que Vd. observe la armonía del diseño, la construcción mecánica y el lujo con que está equipado para comprender en seguida que es un coche de gran calidad.

Se halla provisto de Indicador magnético de Velocidad de Alta Precisión; Reloj Waltham con Esfera de Plata; estuche Circassian, para guantes, colocado en la espalda del asiento delantero; una completa instalación eléctrica que abarca todo el coche, y otros muchos detalles, todos de primera clase.

— es el único auto de su precio
equipado con neumáticos Cord.

The Studebaker Corporation of America
AVENIDA DE MAYO, 1235 UNION TELEF., 5935, LIBERTAD BUENOS AIRES

no IV
Lumº 44

Plus Ultra

SS & Lras
Diciembre 1919



Dama Veneciana
OLEO
Frag Victor Gislandi

ESCUELA
VENECIANA
1655 ~ 1743

PROPIEDAD DE
DON LORENZO
PELLERANO



SOBRE LAS BARRANCAS DE LA COSTA,
EL CASTILLO REALZA SUS LÍNEAS

RESIDENCIAS DEL RIO DE LA PLATA

*La Barra de
Anchorena*

ARQUITÉCTONICAS ENTRE LAS ESPE-
SAS ARBOLEDAS DEL PARQUE.

En las costas del Uruguay, entre la antigua Colonia del Sacramento y la Isla de Martín García, hálase enclavada esta hermosa residencia de campo.

La estancia, propiamente dicha, tiene una superficie de cuatro leguas, siendo el terreno suavemente ondulado con barrancas sobre la costa y grandes bosques naturales. En ellos ha reunido su propietario, don Aarón de Anchorena, una considerable variedad de animales exóticos, hasta formar el más completo y pintoresco parque de caza que existe en Sud América. Desde la torre del moderno castillo, edificado en el espolón de veinte metros que domina la desembocadura del río San Juan, el paisaje adquiere proporciones extraordinarias.

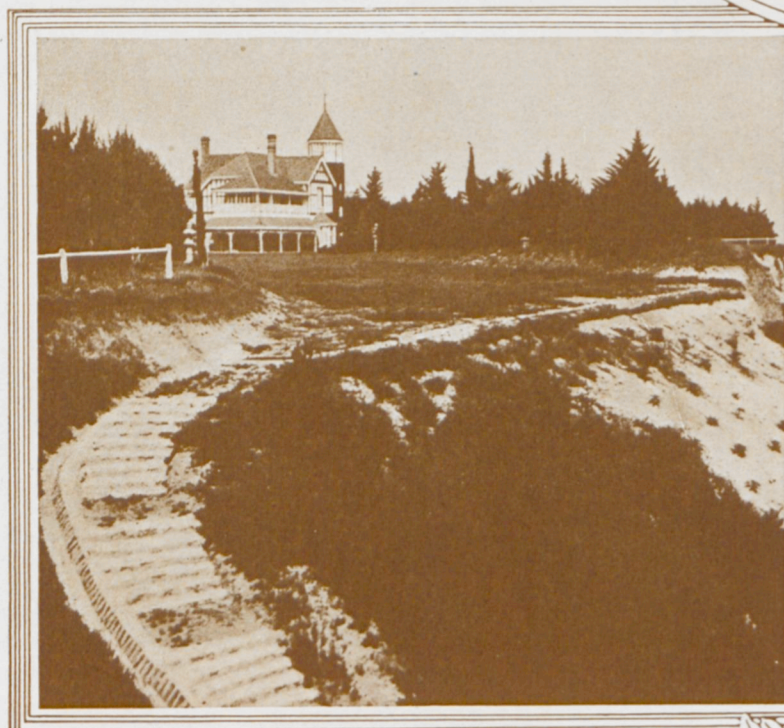
Su grandiosidad es imponderable en extremo. Grandes farallones de piedra, cortados a pico sobre el Plata, marcan la línea extrema de los montes. El

sol hiere las rocas con reflejos de mineral. A lo lejos, perfilándose frente al cielo azulado, cruzan los pájaros marinos. Un hálito primaveral asciende de la llanura florecida. Los trigales de oro, movidos por la brisa del bosque, son aterciopelados y ondulantes.

Miramos hacia el río. El agua no tiene horizonte ni transparencia, pero se define por su color terroso y el contraste de sus riberas de arenisca.

Arrancando de la playa dorada, hay una rústica escalinata de piedra que conduce hasta los jardines del castillo. Pequeños arbustos cierran la perspectiva. El parque, de sesenta hectáreas, tiene plantas exóticas y galas de lejanos países. Un pequeño rincón evoca los misterios de Oriente, y al fondo, rodeado de cipreses enanos, recorta su silueta el viejo Bhuda de granito.

En el avanzado promontorio del río San Juan



ARRANCANDO DE LA PLAYA DORADA, HAY UNA RÚSTICA ESCALINATA
DE PIEDRA QUE CONDUCE HASTA LOS JARDINES DEL CASTILLO.



LOS GRANDES FARALLONES DE PIEDRA, CORTADOS A PICO SOBRE
EL PLATA, MARCAN LA LÍNEA EXTREMA DE LOS MONTES.





UN PEQUEÑO RINCÓN EVoca LOS MISTE-
RIOS DE ORIENTE. AL FONDO, RODEADO DE
CIPRESSES Y ARAUCARIAS, RECORTE SU
SILUETA EL VIEJO BUDA DE GRANITO.

entre arboledas y peñascos informes, se hallan los restos del primer fuerte fundado por los conquistadores en el Río de la Plata. Su construcción se remonta al año 1527, o sea doce años después de haber sido descubierto y explorado por el piloto Juan de Solís, el cual, como se sabe, fué muerto en este mismo paraje por los indios Charrúas.

De la primitiva construcción, apenas si quedan ya los cimientos del reducto y alguna que otra losa tumbal entretejida de raíces. Y, sin embargo, vemos



EL DESEMBARCADERO DE LA ESTANCIA Y
YATE DEL SR. ANCHORENA, QUE HACE LA
TRAVESIA DESDE BUENOS AIRES EN
TRES HORAS DE NAVEGACIÓN POR EL PLATA.

en estas piedras medio destruídas el testimonio de la historia, comprobado ahora en toda su sencilla elocuencia. El guerrero de la conquista — capitán o simple soldado — tiene aquí la glorificación de sus remotas y atrevidas empresas.

En estos cimientos venerables, los compañeros de Gaboto lucharon esforzadamente contra la pujanza del indio, cuya fría tenacidad en el asalto no fué bastante para vencer aquellas voluntades de hierro. Historiadores como Díaz de Guzmán, el Deán Funes, Azara y el viajero in-



VISTA DE LA ESTANCIA ANTIGUA. SUS TIERRAS
PERTENECÍAN AL FISCO EN LA ÉPOCA COLONIAL,
Y SE DENOMINABAN "POTREROS DEL VIRREY".



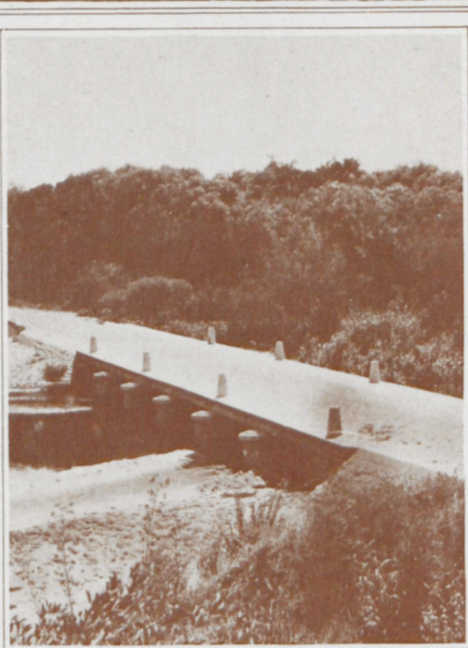
glés sir Woodbine Parish, refieren la fundación del fuerte como uno de los acontecimientos más trascendentales de la época, pues constituye el primer esfuerzo hecho por los españoles para la dominación y conquista del Río de la Plata.

Las excavaciones hechas hace unos años por don Clemente Onelli, director del Jardín Zoológico de Buenos Aires, permitieron establecer el emplazamiento de las antiguas ruinas, comprobadas por la aparición de esqueletos humanos y objetos del siglo xvi.

Este curioso descubrimiento revela con claridad el trágico fin de los escasos pobladores del fuerte.

La fosa donde descansaban los restos, debió ser abierta en el subsuelo de un recinto interior, casi hasta llegar a la pared medianera, reforzada por una losa puesta como dintel. Los dos primeros esqueletos fueron hallados en la parte de afuera;

PRÓXIMO AL CAMINO DEL BOSQUE, SOBRE EL PROMONTORIO DE SAN JUAN, SE HALLAN LAS RUINAS DEL PRIMER FUERTE FUNDADO POR LOS CONQUISTADORES EN EL RÍO DE LA PLATA.



EL EXTENSO PARQUE DE CAZA ESTÁ POBLADO POR MÁS DE MIL CIERVOS DE DISTINTAS ESPECIES, ENTRE LOS QUE PREDOMINA EL LLAMADO DE LOS PANTANOS, ORIGINARIO DE LA REGIÓN DEL DELTA.

pero como el hambre y los ataques del indio harían estragos en la pequeña guarnición, los que murieron después serían enterrados en el interior de

la vivienda. Después de cuatro siglos, el lugar ha sido transformado en una estancia deliciosa. Pastan las vacas en el borde de las laderas. El tero entona su canción. Y al fondo de la llanura verde, en el confín de las cañadas, el antilope y el wapití trenzan sus astas puntiagudas a manera de desafío.

En otros lugares del bosque, la fronda se mueve con un estremecimiento de vida. Gruñen los jabalíes bajo el monte fangoso, cruza veloz el avestruz, y en el espeso fajinal, celoso de su independencia salvaje, sesteá el desconfiado carpincho que se zambulle bruscamente en las aguas del estuario.

ANTONIO PÉREZ-VALIENTE



Y MOSTRANDO SUS TEMIBLES COLMILLOS, PIARAS DE JABALÍES EUROPEOS GRUÑEN BAJO EL MONTE FANGOSO.



AL FONDO DE LA LLANURA VERDE, VIGILANTE ENTRE LOS ÁRBOLES, EL TAPIR ASOMA SU CABEZA DE FAQUIDERMO.

BAJO un sol de fiesta, un sol de verano bonarense, que nos parece rojo y trágico por las hondas impresiones antes recibidas, henos aquí en los suburbios de Dinant, en los Fonds de Leffe, enfrente de Bouvignes. Desde Houx,

hemos venido subiendo y bajando por la ondulada ribera del Mosa, en un baño de fuego que reconforta a mis camaradas belgas, pero que me abraza a mí, precisamente porque soy meridional...

Allá, en la otra orilla, vemos que la fábrica de paños, y varias casas de Bouvignes han sido destruidas por el incendio, y que el gran puente ha volado. Esas ruinas trágicas nos parecen más lamentables que las del legendario castillo de Crèvecoeur, encaramadas sobre ellas en la cumbre de un peñasco abrupto.

Entramos a descansar un momento en el Café del Puente. Una joven enlutada nos escancia la cerveza ligera, que trae en un cántaro de barro.

—¿Está usted de luto? — le dice M. Sluys. — ¿Han fusilado a alguien de su familia?

La joven, con la voz velada, haciendo un esfuerzo, le contesta:

— A mi marido... En los Premonstratenses.

Nos quedamos en silencio, conmovidos, sin saber qué lenitivo dar a aquel dolor, cuando un anciano aparece en el fondo de la sala. Se arrastra más que anda, y en sus brazos trae una encantadora rubiecilla de poco más de un año. El rostro del viejo está corroído por los dolores, surcanlo arrugas profundas, sus ojos enrojecidos están apagados, casi muertos, la mano que tiene libre tiembla con temblor senil... Es el tío Joachim, propietario del cafecito... Informado de quiénes somos, nos cuenta su infortunio con palabra lenta y voz ahogada, mientras la joven oculta su pena en un rincón y la niña inocente nos sonríe y nos hace monadas...

Seis de los deudos del tío Joachim han sido fusilados en la plazuela de los Premonstratenses: dos hijos, un yerno, tres primos hermanos. La niña que tiene en brazos es su nieta, y la joven de luto su nuera. Su hija y sus dos nueras han quedado viudas el mismo día, a la misma hora...

—¿Pero qué había hecho su hijo, el marido de esta señora? — pregunta M. Sluys que lleva, por derecho propio, la voz cantante.

— Nada, ¡oh! nada, señor. Vinieron...

(*Ils sont venus*, sobrentendido: los alemanes. Estos eran siempre *Ils*, y el vago pronombre no da nunca lugar a dudas!)

— Vinieron — dijo, pues, el tío Joachim, — lo hicieron salir, lo llevaron a la Chiche-de-Bois... lo fusilaron...

La Chiche-de-Bois, es el nombre local de la plazuela a que da el convento de los Premonstratenses, y que se indica indistintamente del uno o del otro modo.

— Lo fusilaron... — repitió reconcentradamente Joachim. — Esta chiquilla tenía entonces cinco meses... pero se acuerda... ¿no es verdad que te acuerdas, querida?

— Ya no tengo papá — contesta la niña, en su media lengua, balbuciente, amenazando con el puñito cerrado a los ausentes verdugos.

Su abuelo, su madre se lo han enseñado, no cabe duda... Y así pasan los odios, de generación en generación, y este es el turbio y envenenado sedimento que deja la guerra fresca y alegre, según el ex Kronprins.

— Pero, — insistimos ante el desventurado anciano — ¿los dinandeses no habían hecho fugo sobre los alemanes?

— ¡Juro que no! — exclama Joachim con un fugaz relámpago de sus ojos extintos. — Nadie tenía armas. Sólo los soldados franceses, apostados en la otra orilla, tiraban contra los alemanes... Estos incendiaron las casas y fusilaron a los hombres, sin forma de juicio. ¡Los nuestros no tiraron, lo juro!

— ¡Es cierto! ¡Es cierto! — murmura la triste joven con grandes movimientos afirmativos de cabeza.

Sobre la chimenea del café se ven varias fotografías, que despiertan nuestra curiosidad.

— ¡Son los retratos de nuestros fusilados! — solloza la joven, que añade con voz dramática: — Cuando los alemanes vienen al café se los mostramos y les decimos: «Ustedes nos los han muerto». Algunos responden: «¿Qué hacerle! ¡Así es la guerra!». Pero se van y no vuelven, que es lo que importa...

Salimos con el corazón oprimido, sin acertar con una frase de consuelo para los dos



infortunados... Volví a verlos en 1917: el tiempo mismo sólo había podido devolverle una apariencia de conformidad, pues aun veían la comarca bajo el yugo implacable del invasor que, en el aniversario de la matanza había cerrado las puertas del cementerio, y que, para impedir... manifestaciones políticas, pretendía cobrar un franco por la entrada, monstruosidad de que se arrepintió a tiempo...

Allá, enfrente, sobre la orilla izquierda del Mosa, los franceses habían estado del 13 al 22 de agosto de 1914. El 22, a las 5 de la tarde, hicieron saltar el puente y se retiraron. Momentos después llegaban los alemanes, que no cometieron entonces acto alguno de crueldad.

Pero el domingo 23 de agosto, cien soldados bajan de la montaña de San Nicolás, hacen salir, a las seis y media, a los fieles que oyen misa en la igllesita de los Premonstratenses — es domingo — y separan a culatazos a los hombres de las mujeres, que son llevadas al convento, donde no tardan en engrosar su número otras infortunadas, prisioneras de Dinant. Se las amontona de tal modo, que en una estrecha celda permanecen

encerradas quince, sin poder salir ni para satisfacer sus más urgentes necesidades. Un oficial se entretiene en asustarlas con un revólver, luego se rie a carcajadas...

Cinco días más tarde, doscientos hombres tomados en Leffe fueron fusilados, cumpliéndose una profecía que los alemanes, acantonados en Thynes, a siete kilómetros de allí, hacían a los aterrados vecinos, refiriéndose a Dinant:

— ¡No quedará más que el cielo y el agua!...

Dejando la orilla del Mosa subimos la cuesta que conduce a la abadía de los Premonstratenses, entre dos filas de casas quemadas, y llegamos a una plazuela irregular, cerrada a la derecha por la iglesia, enfrente por un vasto huerto cercado de tapia baja y plantado de patatas, en los otros dos costados por casitas de aldeanos. En la fachada de una de ellas, se lee: *A la Chiche-de-Bois*. (Al picaorte de madera.)

Así se llamará, de aquí en adelante, al teatro de la espantosa matanza de Leffe...

En mitad de la plaza, sobre las anchas piedras, vemos un montón de flores frescas que se agostan al sol. Aquí está el ara. Aquí cayó, intachable y heroico, un rico industrial, un gran fabricante de paños, que era el padre de sus obreros. Esta es la piedra del sacrificio de don Renato Himmer, vicecónsul de la República Argentina en Dinant...

Hace dos días fué el primer aniversario de su fusilamiento, y Mme. Himmer ha venido a cubrir con rosas frescas las rosas, frescas aún ellas también, de su sangre inocente... Ved: el ladrillo revocado de las modestas fachadas,

roto a tiros, parece que sangra.

Mirad ahora esta puerta baja, pintada de verde que interrumpe el tapial del huerto. ¿Veis estas manchas aceitunas? Son huellas de cerebros que han saltado hasta aquí, y que animan estos maderos inertes con su última idea... ¿De venganza?... ¿De perdón...? ¡Quién sabe!

Los hombres eran fusilados por grupos. De cada treinta habitantes del subur-

bio de Leffecayeron asieintiocho, es decir, ¡más del noventa y tres por ciento!

Mientras contemplamos reverentes este nuevo Gólgota, donde tantas ostias han caído para salvar la libertad y la justicia humanas, ha ido rodeándonos un coro digno del gran trágico griego. De las casas vecinas, de las calles que desembocan en la plazuela, llegan a nosotros grupos de mujeres enlutadas, de Tebanas que vienen a clamar sus cuitas y a lanzar al cielo sus imprecaciones... ¡Me estremezco aún al recordarlo! Aquellas madres, aquellas viudas, aquellas abuelas, aquellas hermanas, adivinando en nosotros al amigo, acuden a hacernos partícipes de su inextinguible dolor, de su odio inextinguible. Cuéntannos, con acentos que nadie podrá reproducir jamás, los múltiples detalles horribles de la hecatombe... Una de ellas, una anciana de ochenta años, Mme. Pottie, ha llegado con un enorme balde lleno de agua en cada mano, y me relata largamente, con la voz entrecortada por los sollozos y los ojos salidos de sus órbitas, cómo le han asesinado todo cuanto amaba en el mundo, desde su marido, sus hijos y sus yernos hasta sus nietos llenos de juventud y de esperanza. ¡Siete aniquiladores duelos juntos! Habla y gime, impreca y llora, y ciego de emoción no acierto a ver el enorme peso que sostiene con sus huesudos brazos, y que sus manos crispadas hacen danzar como una pluma durante un eterno cuarto de hora!... ¡Pobre mamá Pottie! ¡Y cuánta razón tenía de convertirse en una Euménide, único papel posible que el enemigo le había dejado bajo el sol!

Crickboom, el gran violinista belga, que tomaba las notas, como más verosado en la fábula wallona, me pasó el cuaderno, con mano trémula:

— ¡Se me nubla la vista, no puedo escribir, sigue tú!...

...La puertecilla verde se abre a nuestro paso, y entramos en el campo de patatas, conducidos por uno de los pocos sobrevivientes varones de Leffe y seguidos por la procesión enlutada de las mujeres.

Nuestro guía es un mecánico de la fábrica de paños, Eugène Disy, que logró escapar a la matanza ocultándose entre las rocas de las inmediaciones, donde pasó varios días sufriendo hambre y sed, pero logrando salvarse mientras sucumbía casi la totalidad de sus conciudadanos...

...Aquí, bajo el follaje verde sucio de las patatas, han comenzado su eterno sueño doscientos cuarenta y siete dinandeses, trasladados luego a más honrosa sepultura. El benemérito doctor Cousot, diputado por Dinant y su burgo-maestre, los exhumó e identificó, a todos, en septiembre de 1914, y trasladó luego sus restos al cementerio de Leffe, donde duermen... ahora en paz.

Detalle horrible: De aquella improvisada fosa común se sacaron siete cadáveres de niños, tres de ellos en los brazos de la madre. Así nos lo afirma nuestro guía Eugène Disy, cuyas palabras son corroboradas por las infelices mujeres que nos han seguido, y que continúan contándonos abominables episodios.

Una niña de dos años es arrancada de los brazos de su padre y arrojada al pozo de estiércol de M. Adam, mientras el padre es fusilado. El doctor Cousot asiste a la infeliz criatura y logra salvarla mediante lavajes del estómago, pues ha estado a punto de ahogarse en la inmundicia. Un adolescente, Thibaut, es arrastrado, a pesar de los desesperados esfuerzos de la madre, que lo defiende como una tigre a sus cachorros, y fusilado ante los ojos de la desventurada.

Dos jovencitos, Víctor Compienne, de quince años, y Jean Delheye, de diez y siete, ambos heridos, son presentados a un oficial, quien pregunta a Compienne:

— ¿Quién los ha herido?

— Los soldados alemanes — contesta el niño.

— ¡Llévenlo! — ordena el oficial.

Ya se sabe lo que esto significa: momentos después suena una descarga, a tiempo que el oficial interroga a Delheye:

— ¿Quién lo ha herido?

El adolescente, asustado, tartamudea para salvar la vida:

— No sé... no he visto...

— ¡A la ambulancia! — ordena esta vez el oficial.

Hay que preparar testimonios para negar más tarde la verdad de tantos horrores...

Pero ya basta...

Salimos del campo de la muerte, mudos y sombríos, agobiados por el dolor y la vergüenza, porque estos hechos son un padrón de infamia para la humanidad que aun los permite, tolerando la guerra.

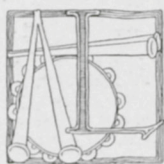
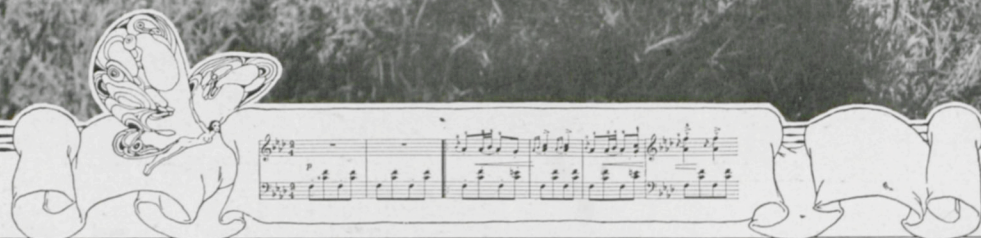
LA ALDABA DE MADERA

IMPRESION TRAGICA

ROBERTO J. PAYRO.

ILUSTRACION D. ALVAREZ

M O M E N T O • M U S I C A L



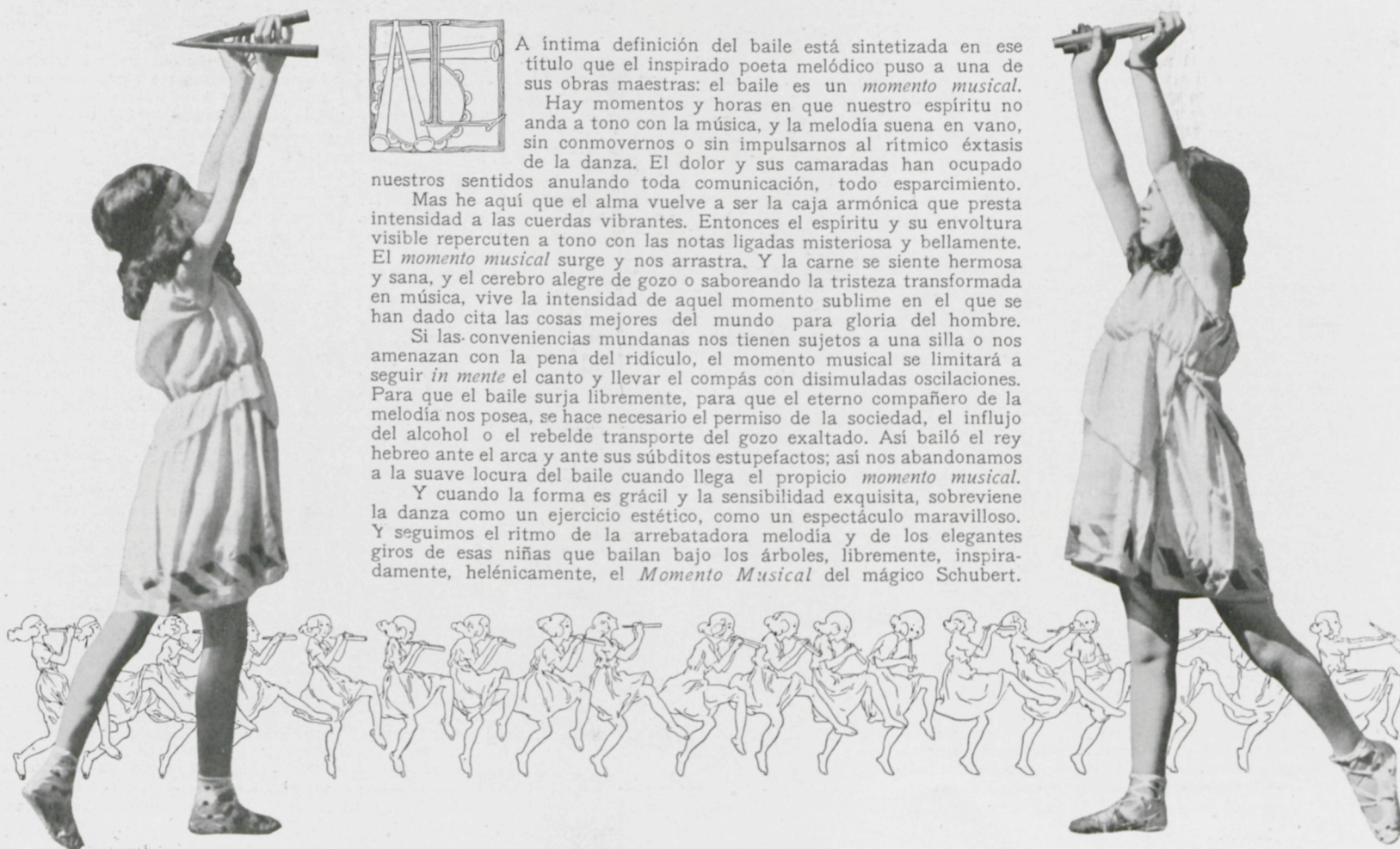
A íntima definición del baile está sintetizada en ese título que el inspirado poeta melódico puso a una de sus obras maestras: el baile es un *momento musical*.

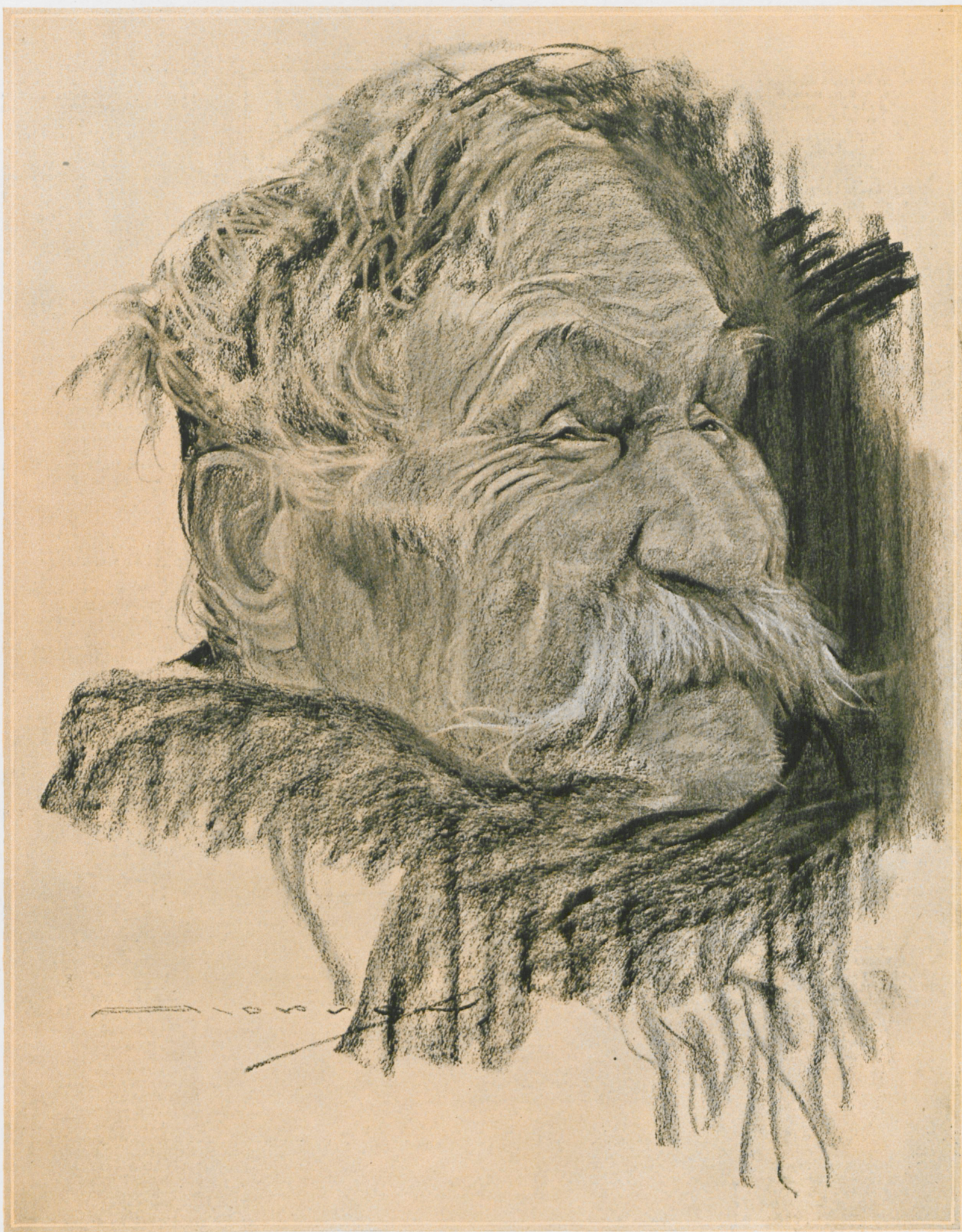
Hay momentos y horas en que nuestro espíritu no anda a tono con la música, y la melodía suena en vano, sin conmovernos o sin impulsarnos al rítmico éxtasis de la danza. El dolor y sus camaradas han ocupado nuestros sentidos anulando toda comunicación, todo esparcimiento.

Mas he aquí que el alma vuelve a ser la caja armónica que presta intensidad a las cuerdas vibrantes. Entonces el espíritu y su envoltura visible repercuten a tono con las notas ligadas misteriosa y bellamente. El *momento musical* surge y nos arrastra. Y la carne se siente hermosa y sana, y el cerebro alegre de gozo o saboreando la tristeza transformada en música, vive la intensidad de aquel momento sublime en el que se han dado cita las cosas mejores del mundo para gloria del hombre.

Si las conveniencias mundanas nos tienen sujetos a una silla o nos amenazan con la pena del ridículo, el momento musical se limitará a seguir *in mente* el canto y llevar el compás con disimuladas oscilaciones. Para que el baile surja libremente, para que el eterno compañero de la melodía nos posea, se hace necesario el permiso de la sociedad, el influjo del alcohol o el rebelde transporte del gozo exaltado. Así bailó el rey hebreo ante el arca y ante sus súbditos estupefactos; así nos abandonamos a la suave locura del baile cuando llega el propicio *momento musical*.

Y cuando la forma es grácil y la sensibilidad exquisita, sobreviene la danza como un ejercicio estético, como un espectáculo maravilloso. Y seguimos el ritmo de la arrebatadora melodía y de los elegantes giros de esas niñas que bailan bajo los árboles, libremente, inspiradamente, helénicamente, el *Momento Musical* del mágico Schubert.





G i estrepitosas aventuras ni anécdotas extraordinarias. El formidable observador, el inspirado vidente, el multiforme imaginativo, vivió espiando el mundo que le rodeaba, adivinando tiempos pretéritos, creando personajes y escenas, sin distraerse un momento, sin apartar de la enorme labor sus ojitos sagaces.

El tabaco era su compañero; y no buscaba en ese abuso un excitante, sino

Galdós
CARBON de ALONSO

el modo de concentrar la atención, de definir el recuerdo, de sorprender el vocablo preciso. A Galdós le bastaba ese grano de opio inextinguible que el genio tiene en el cerebro.

Ars, Natura, Veritas. Lema triangular que todo el mundo traduce fácilmente, lema sencillito de difícil disciplina, adoptó el maestro. Artista, natural, verídico fué toda la vida. La paciencia, la constancia, el metódico uso de sus facultades, de sus cinco sentidos sobrehumanos, ejercitados

desde la sombra: este es el secreto de la labor galdosiana.

Prefería a las aventuras, el atisbarlas por el ojo de la llave; curiosear entre la muchedumbre, a ir en las comitivas; pesar la gula, a comer. Por eso el vivir tranquilo no le pesaba; por eso ha llegado modestamente a la augusta inmortalidad.

«¡Imaginación volcánica! ¡Tres cabezas en una!» dice hablando de sí mismo un hijo de Galdós, el ingenioso loco don Ido del Sagrario, verdadero Quijote de las noveluchas por entregas. Las mismas palabras deben aplicarse a su padre literario. Una fantasía volcánica en tres cerebros fuertes. Arroyos de lava mansa, torrentes de lava enloquecida fluyen de esa cabeza una y trina.

¿Cuántas personas le deben la vida o la resurrección? El mismo dice que los tipos presentados en las dos primeras series de los *Episodios Nacionales* pasan de 500. En los demás episodios y en las novelas circulan miles de personajes hechos a imagen y semejanza del hombre. La mayoría está hecha a imagen y semejanza del español.

España, desde principios del siglo XIX hasta hace poco, la España batalladora, revolucionaria, motinesca, convertida en páginas donde las aguas fuertes, los caprichos goyescos, las caricaturas de Ortego, los apuntes de Valeriano Bécquer, las acuarelas y cuadros de Fortuny, los grabados de las revistas e ilustraciones, forman libros, libros, libros.

Y es Madrid también la capital de esa península en esencia, de esa España medida en un atlas literario. Casi todos los tipos galdosianos sueñan con Madrid, pasan por Madrid, o viven en Madrid. Conspiradores, estudiantes, indianos, aventureros, mercaderes, libertinos, damas andariegas, escritores, hijas en busca de apellido, padres atormentados, ejércitos, y galeras, y arrierías, y peatones, todo va a Madrid o se queda en el camino de Madrid. Porque en ese mundo creado por Galdós pululan los Quijotes y los Sanchos que se desbordan de los límites cervantinos.

Visionarios, maniáticos, locos, buenos, malos, beatíficos, heroicos, idiotas, todos sueñan con fiebre o sin fiebre, hambrientos o ahitos; confunden la realidad con la mentira. La política de partido y la política de secta se disputan la hegemonía espiritual de aquel enjambre que zangolotea o trabaja o lucha. La escritura se convierte en un rumor de multitud; los cuerpos adquieren relieve. No nos asombraría que el libro comenzara a desbordar seres y seres diminutos como soldaditos de plomo animados.

Y entre esos hombres veríamos bullir una catterva de seres verdaderamente pequeños que faltan en casi todas las obras maestras: los niños. El mundo infantil creado por Galdós da alegría a su mundo. Niños en la sitiada Gerona, niños en el estudio de León Roch, y al lado de Marianela, y entre Fortunata y Jacinta; niños en todas partes, pero no callados, sino tomando parte activa en la comedia y en el drama. Este cariño de Galdós



GALDÓS CON EL FIEL COMPAÑERO DE SUS SOLEDADES.

hacia la niñez resulta uno de sus distintivos más honrosos, acaso el que revela mejor su ferviente culto a la Humanidad.

Galdós es humanitario, sublimemente humanitario. Disculpa los yerros y quiere el bien de todos los hombres. Su *Nazarín* resulta la más intensa glosa literaria de Cristo. Y en casi todos sus libros, hay hombres y mujeres que pecan y se redimen, o ansían el bien.

Tan sólo por ese cariño, mezclóse en política, abandonando su retraimiento para agregarse a los liberales y a los republicanos. Tan sólo por ese cariño, escribió dramas y comedias, aguantando cansadores homenajes populares. La España liberal necesita agradecerle mucho a ese diputado silencioso, a ese autor escénico de obras partidarias que sirvieron de bandera.

Hubo en Andalucía un pobre noticiero que al ver el facsímile de una cuartilla galdosiana llena de enmendaduras, dijo: ¡Hombre: yo tacho menos que Galdós!.

Ese periodista opinaba lo contrario que mucha gente: ¡Yo tacho más que Galdós! ¡Galdós debiera tachar más!, vienen a decir los que ponen peros al estilo galdosiano. Más corrección, más lima, más casticismo le pidieron.

Es preciso disentir un poco de esa opinión. El maestro no lamía sus hijos como las gatas: soplab a la manera de un dios. Así han salido unos bien adornados párrafos eufónicos, rítmicos, y otros más sencillamente ataviados. El esmeril pule el acero, raya el oro, deslustra el cristal y se deshace contra el brillante. En el estilo de Galdós hay oro, acero, brillante y cristal, en enormes cantidades; las palabras y los tropos reflejan la luz o la absorben, poseen el sentido preciso y la aplicación original. Y, además, tiene nervios, y sangre, y músculo, y osamenta. No está hecho de cabellos recortaditos, como el cenotafio que le costó la ceguera al hábil Bringas.

Los que se desviven por contar en español cosas imaginadas o traídas del natural, los aprendices de novelistas, deben estudiarse la obra galdosiana.

Hay muchos maestros unilaterales: éste enseña a manejar la ironía, aquél la piedad, el otro el terror, etc. Don Benito proporciona múltiples enseñanzas.

Las comparaciones son peligrosas para el artista o el objeto que deseamos realzar; son peligrosas, pues tienen la virtud de negativa, no de restarles méritos, sino de buscarles enemigos.

Amo tanto a Galdós, que desearía verlo leído por todos aquellos que aun no le conocen, por todos los partidarios de los mejores novelistas.

Creed en vuestros ídolos nacionales o extranjeros, mas concededle la atención debida a ese grandioso artífice. No os detengáis en *Doña Perfecta* o en *Marianela*; id al *Amigo Manso*, *Fortunata* y *Jacinta*, los *Torquemada*, *Halma* y esos otros monumentos de la literatura española y de la bondad universal.

Para los escritores nuestros, el idioma de Galdós vale tanto como el de Cervantes.

Cada uno debe honrarle a medida de la propia admiración y fuerzas.

Los discípulos que le rodearon en vida, los que también son maestros, están obligados a escribirnos uno de esos libros que ingleses, franceses, alemanes e italianos construyen para glorificar la obra de sus genios, libros que los dibujantes, pintores y escultores ilustran.

Aparte de los veinte primeros episodios y de los tipos que pertenecen a la historia, no conocemos la traducción gráfica de las criaturas galdosianas. Y, sin embargo, un aceptable Miquis o una linda Gloria son obras más hacenderas que los no conseguidos retratos de don Quijote y Sancho.

El llorado creador, el que tanto enseñó, el que comenzó verdaderamente a depurar nuestro gusto, el que tantos seudónimos ha sugerido, merece ese homenaje.

EDUARDO DEL SAZ.





Nobilità Veneciana
ALEIANDRO 1733 DE LONGHI. 1815.
Proprietà del Dr.  Claro C. Davesz



RASE un gran edificio llamado *Diccionario de la Lengua Castellana*, de tamaño tan colosal y fuera de medida que, al decir de los cronistas, ocupaba casi la cuarta parte de una mesa, de estas que, destinadas a varios usos, vemos en las casas de los hombres. Si

hemos de creer a un viejo documento hallado en viejísimo pupitre, cuando ponían al tal edificio en el estante de su dueño, la tabla que lo sostenía amenazaba desplomarse, con detrimento de todo lo que había en ella. Formábanlo dos anchos murallones de cartón, forrados en piel de becerro jaspeado, y en la fachada, que era también de cuero, se veía un ancho cartel con doradas letras, que decían al mundo y a la posteridad el nombre y significación de aquel gran monumento.

Por dentro era un laberinto tan maravilloso, que ni el mismo de Creta se le igualara. Dividíanlo hasta seiscientos paredes de papel con sus números llamados páginas. Cada espacio estaba subdividido en tres corredores o crujiás muy grandes, y en estas crujiás se hallaban innumerables celdas, ocupadas por los ochocientos o novecientos mil seres que en aquel vastísimo recinto tenían su habitación. Estos seres se llamaban palabras.

Una mañana sintióse gran ruido de voces, patadas, choques de armas, roce de vestidos, llamamientos y relinchos, como si un numeroso ejército se levantara y vistiese a toda prisa, apercibiéndose para una tremenda batalla. Y a la verdad, cosa de guerra debía de ser, porque a poco rato salieron todas o casi todas las palabras del *Diccionario*, con fuertes y relucientes armas, formando un escuadrón tan grande que no cupiera en la misma Biblioteca Nacional. Magnífico y sorprendente era el espectáculo que este ejército presentaba, según me dijo el testigo ocular que lo presencié todo desde un escondrijo inmediato, el cual testigo ocular era un viejísimo *Flos sanctorum*, forrado en pergamino, que en el propio estante se hallaba a la sazón.

Avanzó la comitiva hasta que estuvieron todas las palabras fuera del edificio. Trataré de describir el orden y aparato de aquel ejército, siguiendo fielmente la veraz, escrupulosa y auténtica narración de mi amigo el *Flos sanctorum*.

Delante marchaban unos heraldos llamados Artículos, vestidos con magníficas dalmáticas y cotas de finísimo acero: no llevaban armas, y si los escudos de sus señores los Sustantivos, que venían un poco más atrás. Estos, en número casi infinito, eran tan vistosos y gallardos que daba gozo verlos. Unos llevaban resplandecientes armas del más puro metal, y cascos en cuya cimera ondeaban plumas y festones; otros vestían lorigas de cuero finísimo, recamadas de oro y plata; otros cubrían sus cuerpos con luegos trajes talaes, a modo de senadores venecianos. Aquellos montaban poderosos potros ricamente enjaezados, y otros iban a pie. Algunos parecían menos ricos y lujosos que los demás; y aun puede asegurarse que había bastantes pobremente vestidos, si bien éstos eran poco vistos, porque el brillo y elegancia de los otros, como que los ocultaba y oscurecía. Junto a los Sustantivos marchaban los Pronombres, que iban a pie y delante, llevando la brida de los caballos, o detrás, sosteniendo la cola del vestido de sus amos, ya guiándoles a guisa de lazarillos, ya dándoles el brazo para sostén de sus flacos cuerpos, porque, sea dicho de paso, también había Sustantivos muy valetudinarios y decrepitos, y algunos parecían próximos a morir. También se veían no pocos Pronombres representando a sus amos, que se quedaron en cama por enfermos o perezosos, y estos Pronombres formaban en la línea de los Sustantivos como si de tales hubieran categoría. No es necesario decir que los había de ambos sexos; y las damas cabalgaban con igual donaire que los hombres, y aun esgrimían las armas con tanto desenfado como ellos.

Detrás venían los Adjetivos, todos a pie; y eran como servidores o satélites de los Sustantivos, porque formaban al lado de ellos, atendiendo a sus órdenes para obedecerlos. Era cosa sabida que ningún caballero Sustantivo podía hacer cosa derecha sin el auxilio de un buen escudero de la honrada familia de los Adjetivos; pero éstos, a pesar de la fuerza y significación que prestaban a sus amos, no valían solos ni un ardite, y se aniquilaban completamente en cuanto quedaban solos. Eran brillantes y caprichosos sus adornos y trajes, de colores vivos y

formas muy determinadas; y era de notar que cuando se acercaban al amo, éste tomaba el color y la forma de aquéllos, quedando transformado al exterior, aunque en esencia el mismo. Como a diez varas de distancia venían los Verbos, que eran unos señores de lo más extraño y maravilloso que puede concebir la fantasía. No es posible decir su sexo, ni medir su estatura, ni pintar sus facciones, ni contar su edad, ni describirlos con precisión y exactitud. Basta saber que se movían mucho y a todos lados, y tan pronto iban hacia atrás como hacia adelante, y se juntaban dos para andar aparejados.

Lo cierto del caso, según me aseguró el *Flos sanctorum*, es que sin los tales personajes no se hacía cosa a derecha en aquella república, y si bien los Sustantivos eran muy útiles, no podían hacer nada por sí, y eran como instrumentos ciegos cuando algún señor Verbo no los dirigía. Tras éstos venían los Adverbios, que tenían cataduras de pinches de cocina; como que su oficio era prepararles la comida a los Verbos y servirles en todo. Es fama que eran parientes de los Adjetivos, como lo acreditaban viejísimos pergaminos genealógicos, y aun había Adjetivos que desempeñaban en comisión la plaza de Adverbios, para lo cual bastaba ponerles una cola o falda que decía *mente*.

Las preposiciones eran enanas; y más que personas parecían cosas, moviéndose automáticamente: iban junto a los Sustantivos para llevar recado a algún Verbo, o viceversa. Las conjunciones andaban por todos lados metiendo bulla; y una de ellas especialmente, llamada *que*, era el mismo enemigo y a todos los tenía revueltos y alborotados, porque indisponía a un señor Sustantivo con un señor Verbo, y a veces trastornaba lo que éste decía, variando completamente el sentido. Detrás de todos marchaban las interjecciones, que no tenían cuerpo, sino tan sólo cabeza con gran boca siempre abierta. No se metían con nadie, y se manejaban solas; que aunque pocas en número, es fama que sabían hacerse valer.

De estas palabras, algunas eran nobilísimas, y llevaban en sus escudos delicadas empresas, por donde se veía en conocimiento de su abolengo latino o árabe; otras, sin al-curnia antigua de que vanagloriarse, eran nueve-cillas, plebeyas o de poco más o menos. Las nobles las trataban con desprecio. Algunas había también en calidad de emigradas de Francia, esperando el tiempo de adquirir nacionalidad. Otras, en cambio, indígenas hasta la pared de enfrente, se caían de puro viejas, y yacían arrinconadas, aunque las demás guardaran consideración a sus arrugas; y las había tan petulantitas y presumidas, que despreciaban a las demás mirándolas enfáticamente.

Llegaron a la plaza del Estante y la ocuparon de punta a punta. El verbo *Ser* hizo una especie de cadalso o tribuna con dos admiraciones y algunas comas que por allí rodaban, y subió a él con inten-



ción. (*Bien, bien*). De nada sirve nuestro noble origen latino, para que esos tales respeten nuestro significado. Se nos desfigura de un modo que da grima y dolor. Así, permitidme que me conmueva, porque las lágrimas brotan de mis ojos y no puedo reprimir la emoción. (Nutridos aplausos).

El orador se enjugó las lágrimas con la punta de la *e*, que de faldón le servía, y ya se preparaba a continuar, cuando le distrajo el rumor de una disputa que no lejos se había entablado.

Era que el Sustantivo *Sentido* estaba dando de mojicones al Adjetivo *Común*, y le decía:

«Perro, follón y sucio vocablo; por ti me traen asendereado, y me ponen como salvaguardia de toda clase de desatinos. Desde que cualquier escritor no entiende palotada de una ciencia, se escuda con el *Sentido Común*, y ya le parece que es el más sabio de la tierra. Vete, negro y pestífero Adjetivo, lejos de mí, o te juro que no saldrás con vida de mis manos.

Y al decir esto, el *Sentido* enarboló la *t*, y dándole un garrotazo con ella a su escudero, le dejó tan mal parado, que tuvieron que ponerle un vendaje en la *o*, y bizmarle las costillas de la *m*, porque se iba desangrando por allí a toda prisa.

«Haya paz, señores», dijo un Sustantivo Femenino llamado *Filosofía*, que con dueñas tocas blancas apareció entre el tumulto. Mas en cuanto la vio otra palabra llamada *Música*, se echó sobre ella y empezó a mesarla los cabellos y a darle coces, cantando así:

—Miren la bellaca, la sandia, la loca; ¿pues no quiere llevarme encadenada con una Preposición, diciendo que yo tengo Filosofía? Yo no tengo sino Música, hermana. Déjeme en paz y púdrase de vieja en compañía de la *Alemana*, que es otra vieja loca.

—Quita allá, bullanguera —dijo la *Filosofía* arrancándole a la *Música* el penacho o acento que muy erguido sobre la *u* llevaba: —quita allá, que para nada vales, ni sirves más que de pasatiempo pueril.

—Poco a poco, señoras mías —gritó un Sustantivo, alto, delgado, flaco y medio tísico, llamado el *Sentimiento*. A ver, señora *Filosofía*, si no le dice usted esas cosas a mi hermana o tendremos que

vernarnos las caras. Estése usted quieta y deje a Perico en su casa, porque todos tenemos trapitos que lavar, y si yo saco los suyos, ni con colada habrán de quedar limpios.

—Miren el mocoso —dijo la *Razón* que andaba por allí en paños menores y un poquillo desmelenada —¿qué sería de estos badulaques sin mí? No reñir, y cada uno a su puesto, que si me incomodo...

—No ha de ser —dijo el Sustantivo *Mal*, que en todo había de meterse.

—¿Quién le ha dado a usted vela en este entierro, tío *Mal*? Váyase al Infierno, que ya está demás en el mundo.

—No, señoras, perdonen usías; que no estoy sino muy retebién. Un poco decaidillo andaba; pero después que tomé este lacayo, que ahora me sirve, me voy remediando. —Y mostró un lacayo que era el Adjetivo *Necesario*.

—Quitenmela, que la mato —chillaba la *Religión*, que había venido a las manos con la *Política*; — quitenmela que me ha usurpado el nombre para disimular en el mundo sus socialifías y gatuperios.

—Basta de indirectas. ¡Orden! —dijo el Sustantivo *Gobierno*, que se presentó para poner paz en el asunto.

—Déjelas que se arañen, hermano —observó la *Justicia*; — déjelas que se arañen que ya sabe vucencia que rabian de verse juntas. Procuremos nosotros no andar también a la greña, y adelante con los faroles.

Mientras esto ocurría, se presentó un gallardo Sustantivo, vestido con relucientes armas, y trayendo un escudo con peregrinas figuras y lema de plata y oro. Llamábase el *Honor* y venía a quejarse de los innumerables desatinos que hacían los humanos en su nombre, dándole las más raras aplicaciones, y haciéndole significar lo que más les venía a cuento. Pero el Sustantivo *Moral*, que estaba en un rincón atándose un hilo en la *l* que se le había roto en la anterior refriega, se presentó, atrayendo la atención general. Quejóse de que se le subían a las barbas ciertos Adjetivos advenedizos, y concluyó diciendo que no le gustaban ciertas compañías y que más le valiera andar solo, de lo cual se rieron otros muchos Sustantivos fachendosos que no llevaban nunca menos de seis Adjetivos de servidumbre.

Entretanto la *Inquisición*, una viejecilla que no se podía tener, estaba pegando fuego a una hoguera que había hecho con interrogantes gastados, palos de *T* y paréntesis rotos, en la cual hoguera dicen que quería quemar a la *Libertad*, que andaba dando zancajos por allí con muchísima gracia y desenvoltura. Por otro lado estaba el Verbo *Matar* dando grandes voces, y cerrando el puño con rabia, decía de vez en cuando:

«¡Si me conjugo...!»

Oyendo lo cual el Sustantivo *Paz*, acudió corriendo tan a prisa, que tropezó en la *z* con que venía calzada, y cayó cuan larga era, dando un gran batacazo.

—Allá voy —gritó el Sustantivo *Arte*, que ya se había metido a zapatero. Allí voy a componer este zapato, que es cosa de mi incumbencia.

Y con unas comas le clavó la *z* a la *Paz*, que tomó vuelo, y se fué a hacer cabriolas ante el Sustantivo *Cañón*, de quien dicen estaba perdidamente enamorada.

No pudiendo ni el Verbo *Ser*, ni el Sustantivo *Hombre*, ni el Adjetivo *Racional*, poner en orden a aquella gente, y comprendiendo que de aquella manera iban a ser vencidos en la desigual batalla que con los escritores españoles tendrían que emprender, resolvieron volverse a su casa. Dieron orden de que cada cual entrara en su celda, y así se cumplió; costando gran trabajo encerrar a algunas camorristas que se empeñaban en alborotar y hacer el coco.

Resultaron de este tumulto bastantes heridos, que aun están en el hospital de sangre o sea *Fe de erratas del Diccionario*. Han determinado congregarse de nuevo para examinar los medios de imponerse a la gente de letras. Se están redactando las pragmáticas que establecerán el orden en las discusiones. No tuvo resultado el pronunciamiento, por gastar el tiempo los conjurados en estériles debates y luchas de amor propio, en vez de congregarse para combatir al enemigo común: así es que concluyó aquello como el Rosario de la Aurora.

El *Flos sanctorum* me asegura que la *Gramática* había mandado al *Diccionario* una embajada de géneros, números y casos, para ver si por las buenas y sin derramamiento de sangre se arreglaban los trastornados asuntos de la *Lengua Castellana*.

—Miren el mocoso —dijo la *Razón* que andaba por allí en paños menores y un poquillo desmelenada —¿qué sería de estos badulaques sin mí? No reñir, y cada uno a su puesto, que si me incomodo...

—No ha de ser —dijo el Sustantivo *Mal*, que en todo había de meterse.

—¿Quién le ha dado a usted vela en este entierro, tío *Mal*? Váyase al Infierno, que ya está demás en el mundo.

—No, señoras, perdonen usías; que no estoy sino muy retebién. Un poco decaidillo andaba; pero después que tomé este lacayo, que ahora me sirve, me voy remediando. —Y mostró un lacayo que era el Adjetivo *Necesario*.

—Quitenmela, que la mato —chillaba la *Religión*, que había venido a las manos con la *Política*; — quitenmela que me ha usurpado el nombre para disimular en el mundo sus socialifías y gatuperios.

—Basta de indirectas. ¡Orden! —dijo el Sustantivo *Gobierno*, que se presentó para poner paz en el asunto.

—Déjelas que se arañen, hermano —observó la *Justicia*; — déjelas que se arañen que ya sabe vucencia que rabian de verse juntas. Procuremos nosotros no andar también a la greña, y adelante con los faroles.

Mientras esto ocurría, se presentó un gallardo Sustantivo, vestido con relucientes armas, y trayendo un escudo con peregrinas figuras y lema de plata y oro. Llamábase el *Honor* y venía a quejarse de los innumerables desatinos que hacían los humanos en su nombre, dándole las más raras aplicaciones, y haciéndole significar lo que más les venía a cuento. Pero el Sustantivo *Moral*, que estaba en un rincón atándose un hilo en la *l* que se le había roto en la anterior refriega, se presentó, atrayendo la atención general. Quejóse de que se le subían a las barbas ciertos Adjetivos advenedizos, y concluyó diciendo que no le gustaban ciertas compañías y que más le valiera andar solo, de lo cual se rieron otros muchos Sustantivos fachendosos que no llevaban nunca menos de seis Adjetivos de servidumbre.

Entretanto la *Inquisición*, una viejecilla que no se podía tener, estaba pegando fuego a una hoguera que había hecho con interrogantes gastados, palos de *T* y paréntesis rotos, en la cual hoguera dicen que quería quemar a la *Libertad*, que andaba dando zancajos por allí con muchísima gracia y desenvoltura. Por otro lado estaba el Verbo *Matar* dando grandes voces, y cerrando el puño con rabia, decía de vez en cuando:

«¡Si me conjugo...!»

Oyendo lo cual el Sustantivo *Paz*, acudió corriendo tan a prisa, que tropezó en la *z* con que venía calzada, y cayó cuan larga era, dando un gran batacazo.

—Allá voy —gritó el Sustantivo *Arte*, que ya se había metido a zapatero. Allí voy a componer este zapato, que es cosa de mi incumbencia.

Y con unas comas le clavó la *z* a la *Paz*, que tomó vuelo, y se fué a hacer cabriolas ante el Sustantivo *Cañón*, de quien dicen estaba perdidamente enamorada.

No pudiendo ni el Verbo *Ser*, ni el Sustantivo *Hombre*, ni el Adjetivo *Racional*, poner en orden a aquella gente, y comprendiendo que de aquella manera iban a ser vencidos en la desigual batalla que con los escritores españoles tendrían que emprender, resolvieron volverse a su casa. Dieron orden de que cada cual entrara en su celda, y así se cumplió; costando gran trabajo encerrar a algunas camorristas que se empeñaban en alborotar y hacer el coco.

Resultaron de este tumulto bastantes heridos, que aun están en el hospital de sangre o sea *Fe de erratas del Diccionario*. Han determinado congregarse de nuevo para examinar los medios de imponerse a la gente de letras. Se están redactando las pragmáticas que establecerán el orden en las discusiones. No tuvo resultado el pronunciamiento, por gastar el tiempo los conjurados en estériles debates y luchas de amor propio, en vez de congregarse para combatir al enemigo común: así es que concluyó aquello como el Rosario de la Aurora.

El *Flos sanctorum* me asegura que la *Gramática* había mandado al *Diccionario* una embajada de géneros, números y casos, para ver si por las buenas y sin derramamiento de sangre se arreglaban los trastornados asuntos de la *Lengua Castellana*.

—Miren el mocoso —dijo la *Razón* que andaba por allí en paños menores y un poquillo desmelenada —¿qué sería de estos badulaques sin mí? No reñir, y cada uno a su puesto, que si me incomodo...

—No ha de ser —dijo el Sustantivo *Mal*, que en todo había de meterse.

—¿Quién le ha dado a usted vela en este entierro, tío *Mal*? Váyase al Infierno, que ya está demás en el mundo.

—No, señoras, perdonen usías; que no estoy sino muy retebién. Un poco decaidillo andaba; pero después que tomé este lacayo, que ahora me sirve, me voy remediando. —Y mostró un lacayo que era el Adjetivo *Necesario*.

—Quitenmela, que la mato —chillaba la *Religión*, que había venido a las manos con la *Política*; — quitenmela que me ha usurpado el nombre para disimular en el mundo sus socialifías y gatuperios.

—Basta de indirectas. ¡Orden! —dijo el Sustantivo *Gobierno*, que se presentó para poner paz en el asunto.

—Déjelas que se arañen, hermano —observó la *Justicia*; — déjelas que se arañen que ya sabe vucencia que rabian de verse juntas. Procuremos nosotros no andar también a la greña, y adelante con los faroles.

LA CONJURACION DE LAS PALABRAS

BENITO PEREZ GALDOS

MADRID, ABRIL DE 1868

DIBUJOS DE SIRIO

LA DULCE ELEGÍA

(EN MEMORIA DE LOS MUERTOS QUERIDOS)

Acuérdate que mi vida es un viento, y
que mis ojos no volverán a ver el bien.

LIBRO DE JOB.

Mi alma triste,
Solitaria,
Llena está de un duelo antiguo,
De un deseo melancólico de lágrimas,
Sollozante de gemidos como lira
Por mil cuitas vagorosas acordada;
Suspendida
Del misterio de la muerte ante las aras,
Ante el sino de las vidas que me fueron
Más dilectas y más caras,
Y hoy por siempre de mi senda
Por las parcas alejadas.
Alma mía,
Del dolor pálida hermana,
Impregnada de esa trémula tristeza
Que acompaña
Los sensibles corazones lastimados por las flechas
De las penas enconadas;
Hoy desnuda de sus reales atavíos,
De su clámide, como nieve pura y blanca,
De sus mirajes sonrientes,
De sus poéticas albas,
De sus ensueños tendidos como un gran manto de oro;
¡Oh mi alma!
Que en la amargura infinita
De los pesares te bañas,
Ven y llora la partida
Desoladamente larga
De aquellos seres amados
A quienes tocó la muerte con su mano yerta y pálida;
Que se fueron
Envueltos en su mortaja,
En su cándido sudario
Regado por nuestras lágrimas,
Y dejando
Tras su marcha
Nuestros pechos florecidos
De los dolores más tristes,
De las más hondas nostalgias,
De los más crueles hastíos
Que sufrieron los mortales náufragos de la esperanza.

¡Oh mis queridos amigos!
Compañeros predilectos de la infancia,
Ya por siempre confundidos
En el reino de las sombras eternas, subterráneas,
Y vosotros mis amados,
Mis alegres camaradas
De la juventud prístina,
De los años recamados de brillantes, áureas galas,
Que partisteis de repente,
Cuando apenas ensayabais vuestras alas
En mitad de la existencia,
De la senda dura y ardua,
Sumergiéndoos por siempre en el misterio
De la nada.
A vosotros canto ahora
Mi más dulce y mi más íntima palabra;
Por vosotros alzo en alto mi más férvida
Oración y la plegaria
Más doliente, más sincera y compasiva
Que mi labio murmurara.
Porque vosotros dejasteis este mundo, amigos míos,
En edad harto temprana,
Cuando todo os sonreía:
La existencia con sus dichas y sus gracias,
El amor con sus halagos
Y sus brascas y fatales asechanzas;
El trabajo con el grávido cortejo de sus triunfos
Y su fama,
El ideal con las visiones de sus cumbres extendidas
Como inmensas sucesiones de enigmáticas montañas;
Cuando todo a vuestro lado
Mansamente susurraba
Su poema de ilusiones,

ENGENIO DIAZ ROMERO

De más firmes y serenas esperanzas,
Y la vida os elegía
Para grandes, beneméritas cruzadas,
Con cuyos lauros heroicos
Vuestras ánimas soñaban
Ceñir las radiosas frentes,
En la gloria del azul resplandeciente
Como mármoles helenos levantadas.

Ya mis ojos,
Fatigados de mirar tristezas tantas,
Sufrimientos tan acerbos,
Amarguras tan tenaces, tan aciagas,
Están secos y no vierten
El consuelo de las lágrimas.
Al mirar hacia el pasado,
Hacia el fondo de los años transcurridos, se levantan
Como sombras dolorosas,
Como rígidos fantasmas,
Las imágenes dolientes de los seres que en la vida
Más amara.
Veo imágenes queridas,
Madre, hermanos, frutos sacros de la rama
De un gran árbol
Al que el viento de la vida sacudió con fiera saña;
Miro rostros pensativos,
Dulces caras
De leales compañeros,
Vinculados por la dicha o la desgracia,
De mi vida en los comienzos
O en la ruta, ya más larga,
De los tiempos en que graves pensamientos
Nos laceran friamente, como garras.
Y los veo
Como cuando, con gallardas
Actitudes, obstinados, impregnados
De unción santa
Iban todos por los cármes risueños,
Las pupilas en los cielos enclavadas,
Deshojando entre sus dedos
Las simbólicas coronas ofrendarias,
Y diciendo en sus canciones
Las palabras
Augurales, las supremas
Oraciones inspiradas
En el triunfo de la vida, en la segura
Realidad de los ensueños de conquista y en la clara
Visión pura
De ideales esculpidos en el fondo de las almas.

Sombras sólo,
Vagas manchas
Que ya pocos rememoran
Son los fieles camaradas
Que en el reino de la muerte penetraron,
En la blanca
Mansión lúgubre y silente
Donde el labio humano calla,
En el reino pavoroso de la muerte
Que la estrella de los cielos desampara
De sus mágicos destellos,
De su luz piadosa y casta.
¡Cuán felices
Los amigos que partieron, moradores
De la noche, para quienes la Isis trágica
Levantó sus densos velos enigmáticos!
Dulce calma los acoja en su fantástica morada,
Mientras suben hacia ellos
Nuestras místicas plegarias.
De las diáfanas regiones
Donde surcan los querubes con sus alas,
Sus pupilas
Nos envían sus más flébiles miradas,
Leen el alma pensamiento que está escrito
En el fondo de nuestra alma,
Pensamiento
Hecho de lágrimas,
Ante el ara del recuerdo, en holocausto
Dulcemente, tristemente derramadas.



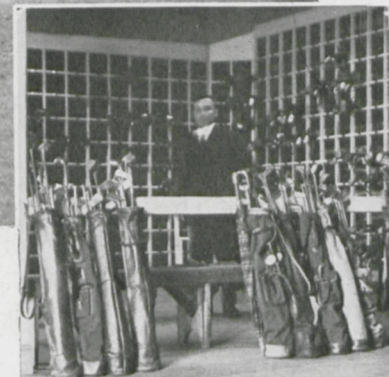


Ma Margot Escalada

FOTOGRAFÍA DE VAN RIEL.



ENTRADA AL CLUB.



GOLF CLUB HOUSE.



ESTE difícilísimo juego del *golf* es uno de los deportes de más larga historia. Originario de Escocia, fué traído a Inglaterra por los oficiales aristócratas de Guillermo el Conquistador. Desde entonces ocupa gran parte de los ocios adinerados, distrayendo a todos los que pueden permitirse ese lujo. No es popular, por lo tanto, como el *football* y el *turf*, pero entre todos los deportes, aparte del *rowing*, resulta el más sano porque se halla impregnado de oxígeno campestre y no requiere los esfuerzos prodigiosos de muchos juegos. El *golf* es cuestión puramente de destreza, y el

factor violencia hállase descartado. El *golf* es una especie de paseo circular donde el bastón o los bastones se usan, no para apoyarse en el suelo, sino para emplearlos a manera de maza, haciendo volar a una pelota que con saltos sabios o torpes cae sucesivamente en diez y ocho hoyos. Como en todos los paseos de la vida humana, las caminatas del *golf* tienen sus accidentes e incidentes, sus obstáculos y sus sorpresas. Tal vez por esto se llame *golf* a ese deporte, que en cierta manera se asemeja a la difícil navegación de los golfos, pasajes marítimos donde el piloto necesita una pericia singular. Las emboscadas y sorpresas naturales de los golfos están representadas en el *golf* por los *hazards*. Los *hazards* pueden ser también naturales o artificiales.



ESPERANDO TURNO.



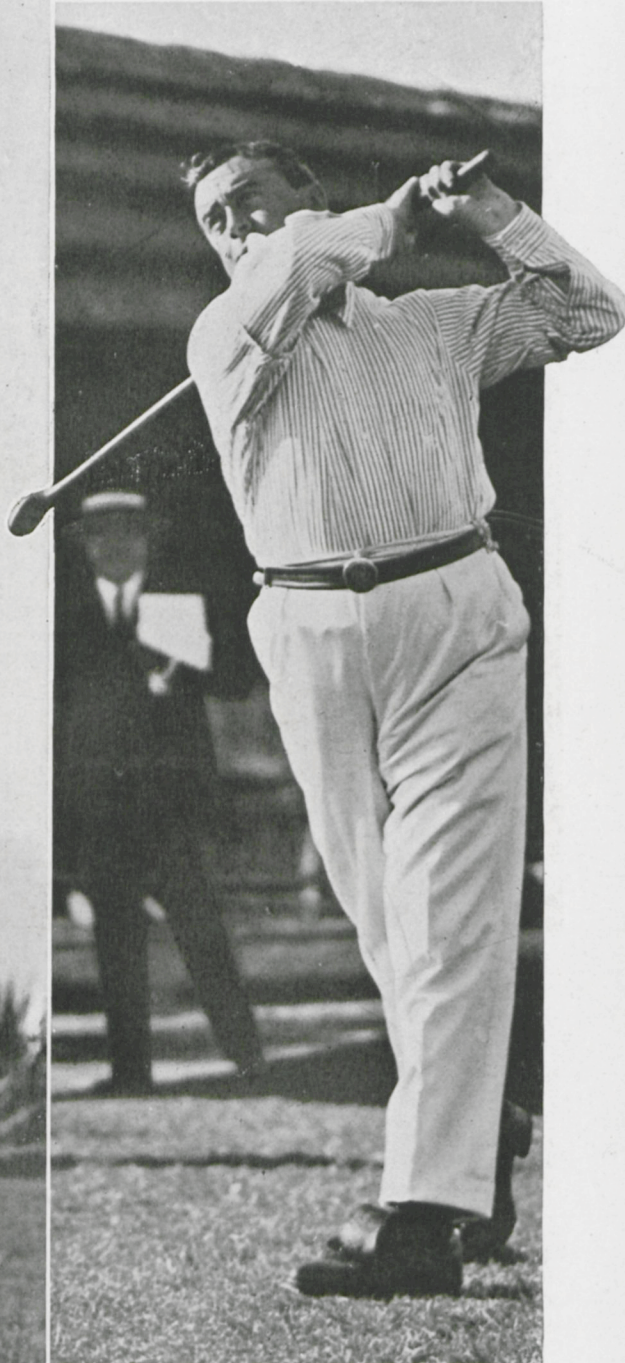
TERRAZA DEL CLUB



SALIDA ARISTOCRÁTICA.



ELEGANCIA Y MAESTRÍA.



GOLPE PRESIDENCIAL.



ACERCÁNDOSE AL HOYO.

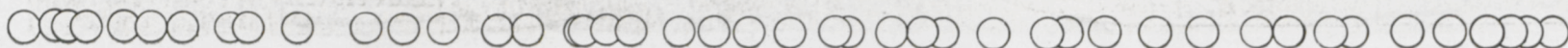
Son preferidos estos últimos, y varían en la construcción. La pelota de caucho, bastante pequeña y de rugosa superficie, tiene que caer sucesivamente en los diez y ocho hoyos y en el menor número de golpes posible. Esos hoyos no están visibles para el jugador; únicamente una banderita que sobresale por encima de los trozos de césped llamados *greens*, que rodean cada hoyo, indican la distancia aproximada, como balizas en medio del golfo.

Lo demás es muy fácil: se reduce a jugar bien, empleando los diversos palos que el *caddie* lleva en la tradicional funda como un vendedor callejero de paraguas y bastones. Cosa fácil que puede compararse a un ejercicio de tiro por elevación, realizado sin telémetro ni tablas de cálculo. Después de unos años de perder partidas, el jugador llega a maestro.

Quizás en la breve reseña que en tono de amable broma hemos hecho del interesante juego, hayamos cometido graves errores; pero nuestra intención fué la de indicar algo acerca de un deporte no vul-



BUEN COMIENZO DE PARTIDA.





EN MARCHA HACIA EL «GREEN» N.º 1.



PRESENCIANDO UN PARTIDO INTERESANTE.

garizado. El que quiera saber más, acuda a los libros del ramo.

Confiesa el repórter, que, más que el juego en sí, le interesó el ambiente *sui generis* del *link*.

En efecto: desde que se pasa bajo la portada rústica del Golf Club, de Mar del Plata, una vida pintoresca y atrayente surge ante la vista. Todo es animación, una anima-

ción hermosamente adornada por voces claras y formas esbeltas de mujer. El repórter, como chambón en *link* ajeno, no sabe a donde dirigir la vista.

Háblase allí de *bogeys*, *putting-greens*, *matches plays*, empates, golpes, *bunkers*, *teeing-ground* y otras cosas técnicas que deben ser de suma claridad. Aquello parece una *garden-party*, y puede decirse que lo es verdaderamente; una *garden-party* que tiene un objeto real, saludable, donde la gente no se reúne con un pretexto para continuar bajo la arboleda la ficticia vida de los salones.

En el primer *green*, una linda señorita levanta en alto el *driver* o raqueta de salida. Es un momento que pudiéramos llamar escultural. La elegancia de la postura, que otras jugadoras repiten, prueba que también el *golf* se presta admirablemente para el lucimiento coquetón de poses estatuarias. Parte el golpe, certero casi siempre, y la pequeña esfera salta en el aire. Y continúa la partida alegremente, interesante, de ese deporte que nuestra aristocracia cultiva con tanta asiduidad, que no lo abandona ni durante la temporada marplatense.

FOTS. DE BALDISSEROTTO.



Las ciudades del ensueño CONSTANTINOPLA

En el mapamundi de los soñadores, de los turistas imaginativos, tu nombre está indicado con letras de océano, de continente, con caracteres mayúsculos, inmensos, rojos, y en ese nombre la fantasía andariega lee tres nombres superpuestos por la historia: Bizancio, Constantinopla, Estambul; y en esos tres nombres otros muchos más: Pera, Galata, Cuerno de Oro, Suleimané, Eski Mármora, Sultana Validé...

Sobre el mapamundi de los fantaseadores, eres la ciudad más próxima a Venecia y a las ciudades de *Las mil y una noches*. Tus caíques esbeltos y

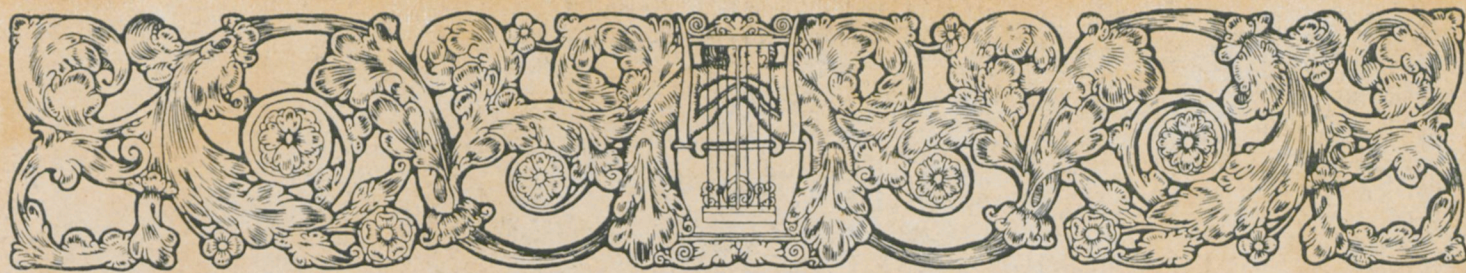
ligeros parecen góndolas; tus mujeres — siempre veladas aunque el feminismo les quitó el velo — prometen aventuras; tus habitantes indígenas se asemejan a Simbad.

Cuando la luna llena recorta en los grabados, en los óleos y en las fotografías los perfiles de tus minaretes y tus casas, Constantinopla la bien amada, te apoderas de nuestros corazones. Y ni las celosas venganzas que sumergirán en el Bósforo tu cadáver embolsado, ni las epidemias, ni todos los peligros con que la estampa y la novela te amenazan, viajero, matan tu amor a la ciudad hermosa.



SOBRE LAS AGUAS DEL BÓSFORO SURGE LA SILUETA MÁGICA DE LA EXTRAÑA Y BELLA CIUDAD.

UN DÍA DESPERTÓ, ENCONTRÁNDOSE NUEVAMENTE BAJO LA VIGILANCIA DE LA CRUZ.



S O N E T O



OR què decir: presente, por venir o pasado ?
 Cual fija ruta ignota, que vamos recorriendo.
 Como fábula escrita, que fuèsemos leyendo.
 Asi nuestro destino y asi todo lo creado.

Lo que fuè sigue siendo; ya existe lo esperado.
 La pupila viajera del alma no teniendo
 por delante su dicha se entristece creyendo
 que ya su dicha es muerta, que es muerta o se ha frustrado.

¡Ay! de aquel que no sabe renovar su ventura,
 anticipar el goce de suerte venidera,
 poner fuera del tiempo la amorosa ternura
 encantarando el zumo de fruta pasajera
 ¡Ay! de aquel que no sabe, con sedienta locura
 gustar en cada trago toda su vida entera.





En la cantera

Su nombre era Van-Houten, pero solían llamarle *Lo-que-queda-de-Van-Houten*, en razón de que le faltaban un ojo, algunos pedazos de la cara y tres dedos de la mano derecha. Del lado izquierdo, tenía los párpados vacíos impregnados de puntos azules que le ensombrecían toda la órbita; y aquello no era agradable de ver. En el resto era un hombre bajo y muy fuerte, de barba roja e hirsuta. El pelo, rojo también, caía sobre una frente muy baja en mechones constantemente sudados. Cedía de hombro a hombro al caminar, y sobre todo esto era muy feo — a lo Verlaine, de quien compartía el tipo y casi la patria, pues *Todo-lo-que-queda-de-Van-Houten* había nacido so-

bre Charleroi. Belga, luego, de origen flamenco que se revelaba en la flema del tipo para sobrellevar adversidades.

Después de un duro peregrinaje por escalas desde la costa del Atlántico hasta Misiones, ruta frecuente en los aventureros de la región, había arribado a San Ignacio, donde explotaba por su cuenta una cantera sobre el Paraná, pues el belga era cantero de oficio. Era asimismo el hombre más desinteresado del mundo, y no se le importaba poco ni mucho que le devolvieran el dinero prestado, o que una brusca subida del Paraná le llevara tres o cuatro vacas — su único bien. Se encogía

de hombros y escupía, y era todo. Tenía un solo amigo, un andaluz con quien se veía únicamente los sábados de noche, cuando partían juntos a caballo hacia el pueblo. Allí, de almacén en almacén, pasaban treinta y seis horas borrachos e inseparables. El domingo, de noche, sus caballos los llevaban por la fuerza de la costumbre a sus casas respectivas, y allí concluía su amistad. En el resto de la semana no se veían nunca ni se inquietaban en absoluto el uno por el otro.

Tal era el tipo a quien hallé de buena veta en su cantera, desnudo hasta la cintura, una siesta sumamente pesada. En las varias veces que conversara con él, nunca le había manifestado curiosidad por saber la causa de aquellas heridas, lo que el hombre evidentemente me agradecía. Esa tarde, pues, llevándolo suavemente con insidiosas preguntas sobre barrenos, dinamitas y chismes de su oficio, *Todo-lo-que-queda-de-Van-Houten* rompió el hielo y supe de su boca la historia. Dicha historia yo la conocía ya a medias, de segunda mano; pero otra cosa era oírse a él mismo con el sabor de la primera agua, que era lo que me interesaba.

Así, mientras yo era todo ojos y oídos, y él, en cucullas, dejaba correr el sudor por su torso desnudo sin secarlo, oí la aventura de su boca, tal como va.

«La culpa de todo la tuvo un brasileño que me echó a perder la cabeza con su pólvora. Mi hermano no creía en esa pólvora, y yo sí; lo que me costó el ojo. Yo no creía tampoco que me fuera a costar nada, porque ya había escapado dos veces.

La primera fué en Posadas. Yo acababa de llegar, y mi hermano estaba allí hacía cinco años. Teníamos un compañero, un piamentés fumador, con gorra y bastón que no dejaba nunca. Cuando bajaba a trabajar, metía el bastón dentro del saco. Cuando no estaba borracho, era muy duro para el trabajo.

Contratamos un pozo, no a tanto el metro como se hace ahora, sino por un precio tal todo el pozo, hasta que diera agua. Debíamos cavar hasta encontrarla.

Nosotros fuimos los primeros en usar dinamita en los trabajos. En Posadas no hay más que piedra mora; escarbe donde escarbe, aparece al metro la piedra mora. Aquí también hay bastante, después de las ruinas. Es más dura que el hierro, y hace saltar el pico hasta las narices.

Llevábamos ocho metros de hondura en ese pozo, cuando un atardecer mi hermano, después de concluir una mina en el fondo, prendió fuego a la mecha y salió del pozo. Mi hermano había trabajado solo esa tarde, porque el milanés andaba paseando borracho con su gorra y su bastón, y yo estaba en el catre con el chuchó.

Al caer el sol fui a ver el trabajo, muerto de frío, y en ese momento mi hermano se puso a gritar al piamentés que desde la calle se había subido al cerco y se estaba cortando con los vidrios. Al acercarme al pozo resbalé sobre el montón de escombros, y tuve apenas tiempo de sujetarme en la misma boca; pero el zapatón de cuero, que yo llevaba sin medias y sin tira, se me salió del pie y cayó adentro. Mi hermano no me vió, y bajé a buscar el zapatón. ¿Usted sabe cómo se baja, no? Con las piernas en las dos paredes del pozo, y las manos para sostenerse. Si hubiera estado más claro, yo habría visto el agujero del barreno y el polvo de piedra al lado. Pero no veía nada, sino allá arriba un redondel claro, y más abajo un poco de luz en la punta de las piedras. Usted podrá hallar lo que quiera en el fondo de un pozo: grillos que caen de arriba y cuanto quiera de humedad; pero aire para respirar, eso no va a hallar nunca.

Bueno; si yo no hubiera tenido las narices tapadas por la fiebre, habría sentido bien pronto el olor de la mecha. Y cuando estuve abajo y lo sentí bien, el olor podrido de la pólvora, sentí más claramente que entre las piernas tenía una mina cargada y prendida.

Allá arriba apareció la cabeza de mi hermano, gritándome. Y cuanto más gritaba, más disminuía su cabeza y el pozo se estrechaba y se estrechaba hasta ser un puntito en el cielo — porque tenía chuchó y estaba con fiebre.

De un momento a otro la mina iba a reventar, y encima estaba yo, pegado a la piedra, para irme también en pedazos hasta la boca del pozo. Mi

hermano gritaba cada vez más fuerte, hasta parecer una mujer. Pero yo no tenía fuerzas para subir ligero, y me eché en el suelo, aplastado como una barreta. Mi hermano supuso la cosa, porque dejó de gritar.

Bueno; los cinco segundos que estuve esperando que la mina reventara de una vez, me parecieron cinco o seis años, con meses, semanas, días y minutos, bien seguidos unos tras otros.

¿Miedo? ¡Bah! (aquí una nueva sacudida de hombros y el escupitajo). Tenía demasiado qué hacer siguiendo con la imaginación la mecha que estaba llegando a la punta... Miedo, no. Era una cuestión de esperar, nada más; esperar a cada instante: ahora... ahora... Con esto tenía para entretenerme.

Por fin reventó. La dinamita trabaja para abajo; hasta los mensús lo saben. Pero la piedra deshecha salta para arriba, y yo, después de saltar contra la pared y caer de narices, con un silbato de máquina en cada oído, sentí las piedras que volvían a caer en el fondo. Una sola un poco grande me alcanzó — aquí en la pantorrilla, cosa blanda. Y además, el sacudón de costado, los gases podridos de la mina, y, sobre todo, la cabeza hinchada de picoteos y silbidos, no me dejaron



sentir mucho las pedradas. Yo no he visto un milagro nunca, y menos al lado de una mina de dinamita. Sin embargo, salí vivo. Mi hermano bajó en seguida, pude subir con las rodillas flojas, y nos fuimos en seguida a emborrachar por dos días seguidos.

Esta fué la primera vez que me escapé. La segunda fué también en un pozo que había contratado solo. Yo estaba en el fondo, limpiando los escombros de una mina que había reventado la tarde anterior. Allá arriba, mi ayudante subía y volcaba los cascotes. Era un muchachón paraguayo, flaco y amarillo como un esqueleto, que tenía el blanco de los ojos casi azul, y no hablaba casi nada. Cada tres días tenía el chuchó.

Al final de la limpieza, sujeté a la soga por encima del balde la pala y el pico, y el muchacho izó las herramientas que, como acabo de decirle, estaban pasadas por un falso nudo. Siempre se hace así, y no hay cuidado de que se salgan, mientras el que iza no sea un buego como mi peón.

El caso es que cuando el balde llegó arriba, en vez de agarrar la soga por encima de las herramientas para tirar afuera, el infeliz agarró el balde. El nudo se aflojó, y el muchacho no tuvo tiempo más que para sujetar la pala.

Bueno; paré la oreja al tamaño del pozo: tenía en ese momento catorce metros de hondura y sólo

un metro o uno y veinte de ancho. La piedra mora no es cuestión de broma para perder el tiempo haciendo barrancos, y, además, cuanto más angosto es el pozo, es más fácil subir y bajar por las paredes.

El pozo, pues, era como un caño de escopeta; y yo estaba abajo en una punta mirando para arriba, cuando vi venir el pico por la otra.

¡Bah! (nueva escupida). Una vez el milanés pisó en falso y me mandó abajo una piedra de veinte kilos. Pero el pozo era playo todavía, y la vi venir a plomo. Al pico lo vi venir también, pero venía dando vueltas, rebotando de pared a pared, y era más fácil considerarse ya difunto con doce pulgadas de hierro dentro de la cabeza, que adivinar dónde iba a caer.

Al principio comencé a cuerpearlos, con la boca abierta fija en el pico. Después vi en seguida que era inútil, y me pegué entonces contra la pared, como un muerto, bien quieto y estirado como si ya estuviera muerto, mientras el pico venía como un loco dando tumbos, y las piedritas caían como lluvia.

Bueno; pegó por última vez a una pulgada de mi cabeza, y saltó de lado contra la otra pared; y allí se esquinó, en el piso. Subí entonces, sin enojo contra el buego que, más amarillo que nunca, había ido al fondo, porque me consideraba bastante feliz saliendo vivo del pozo como un gusano, con la cabeza llena de arena. Esa tarde y la mañana siguiente no trabajé, pues lo pasamos borrachos con el milanés.

Esta fué la segunda vez que me escapé de la muerte, y las dos dentro de un pozo. La tercera vez fué al aire libre, en una cantera de lajas como ésta, y hacía un sol que rajaba la tierra.

— Esta es la historia que he oído — lo interrumpí.

— Sí, y aquí está el resultado... y aquí, y aquí — agregó señalando. — Esta vez no tuve tanta suerte... ¡Bah! Soy duro. El brasileño — le dije al principio que él tuvo la culpa — no había probado nunca su pólvora. Esto lo vi después del experimento. Pero hablaba que daba miedo, y en el almacén me contaba sus historias sin parar, mientras yo probaba la caña nueva. El no tomaba nunca. Sabía mucha química, y una porción de cosas; pero era un charlatán que se emborrachaba con sus conocimientos. El mismo había inventado esa pólvora nueva — le daba el nombre de una letra — y acabó por marearme con sus discursos.

Mi hermano, me dijo: — «Todas esas son historias. Lo que va a hacer es sacarte plata». Yo le contesté: — «Plata, no me va a sacar ninguna». «Entonces — agregó mi hermano — los dos van a volar por el aire si usan esa pólvora».

Tal me lo dijo, porque lo creía a pie junto, y todavía me lo repitió mientras nos miraba cargar el barreno.

Como le dije, hacía un sol de fuego, y la cantera quemaba los pies. Mi hermano y otros curiosos se habían echado bajo un árbol, esperando la cosa; pero el brasileño y yo no hacíamos caso, pues los dos estábamos convencidos del negocio. Cuando concluimos el barreno, comencé a atacarlo. Usted sabe que aquí usamos para esto la tierra de los tacurús, que es muy seca. Comencé, pues, de rodillas a dar mazazos, mientras el brasileño, parado a mi lado, se secaba el sudor, y los otros esperaban.

Bueno; al tercer o cuarto golpe sentí en la mano el rebote de la mina que reventaba, y no sentí nada más porque caí a dos metros desmayado.

Cuando volví en mí, no podía ni mover un dedo, pero oía bien. Y por lo que decían, me di cuenta de que todavía estaba al lado de la mina, y que en la cara no tenía más que sangre y carne deshecha. Y oí a uno que decía: — «Lo que es éste, ya se fué del otro lado».

¡Bah!... Soy duro. Estuve dos meses entre si perdía o no el ojo, y al fin me lo sacaron. Y quedé bien, ya ve. Nunca más volví a ver al brasileño, porque pasó el río la misma noche; no había recibido ninguna herida. Todo fué para mí, y él era el que había inventado la pólvora.

— Ya ve — concluyó por fin levantándose y secándose el sudor. — No es así como así que van a acabar con Van-Houten. ¡Pero bah!... (con una sacudida de hombros final.) De todos modos, poco se pierde si uno se va al hoyo...

Y escupió y me sonrió con su único ojo.



La Procesion Bretona
OLEO DE
CHARLES COTTET





LOS ARGONAUTAS



ON los nuevos tripulantes de una enorme y acerada carabela que acometen la aventura de buscar un nuevo mundo. Ya la nave burló el mar y sus peligros; ya ha ligado, nuevamente, con el lazo de sus cables, otras vidas a la vida de nosotros; ya reposa junto al puerto de esperanza; ya son nuestras mil acordes voluntades; ya, en la mala o en la próspera fortuna, somos suyos. Sobre un trozo de cubierta se han reunido por vez última, y allí cambian sus ansiosas impresiones, sin mirar a la ciudad que les espera. Las mujeres, con cansancio, como tras una jornada de camino; los varones, recios, firmes, ostentando la orgullosa boina vasca, se disponen a emprender la nueva ruta. Un sujeto, veterano en las lides argentinas, narrador de fantasías y verdades, hace su última historietita, les previene contra el fraude y les promete buena ayuda. Pronto, pronto, la señal de la partida deshará aquellos montones de personas y equipajes. ¡Pasajeros de la enorme y acerada carabela: que la suerte y el trabajo os deparen una próspera aventura en los campos y ciudades de este mundo por vosotros encontrado nuevamente tras la fosa de los mares!



Haz de tu mano un vaso

Recoge el agua mansa de la fuente en tu mano,
y ofrécela a mis labios; tengo sed, tengo sed;
hace muchas mañanas que lucho en vano, en vano
desde las altas cimas de mi inviolable fe.

Haz de tu mano un vaso; trémula entre las mías
he de soñarla un cáliz con sublime elixir;
el agua ha de embriagarme como las armonías...
¡Si bebiendo en tu mano se bebe tu sentir!

La fuente se da a todos, al que recoge en ella
su cristalino líquido, al que ansia beber,
y en las noches refleja en su espejo una estrella,
y en las tardes el cielo que tú sabes querer.

Haz de tu mano un vaso, bella samaritana;
estoy siempre sediento, sin ninguna ilusión,
puede que con el agua de la egregia fontana
encerrada en tu mano, beba tu corazón!

Félix B. Visillac

Club



A floreciente asociación, que en Mar del Plata ejerce la superior tutela de

aquella acreditada playa, resulta menos conocida por el público que el ansiado balneario. Sociedad de *élite*, reserva los salones para sus miembros, y solamente contadas personas extrañas pueden visitar aquel palacio.

Por eso, los recuerdos gráficos y reporteriles de una visita hecha hace poco tendrán interés para los lectores en general.

Se trata de un edificio suntuoso cuyo interior hállase en consonancia con su bella fachada. Construido *ad hoc*, ofrece a los socios lugares propicios para cultivar la vida de relación gozando de las comodidades a que ellos están acostumbrados.

Casi siempre los casinos y clubs de las playas a la moda vienen a ser centros industriales establecidos con el único fin de atraer al bañista. El Club Mar del Plata,



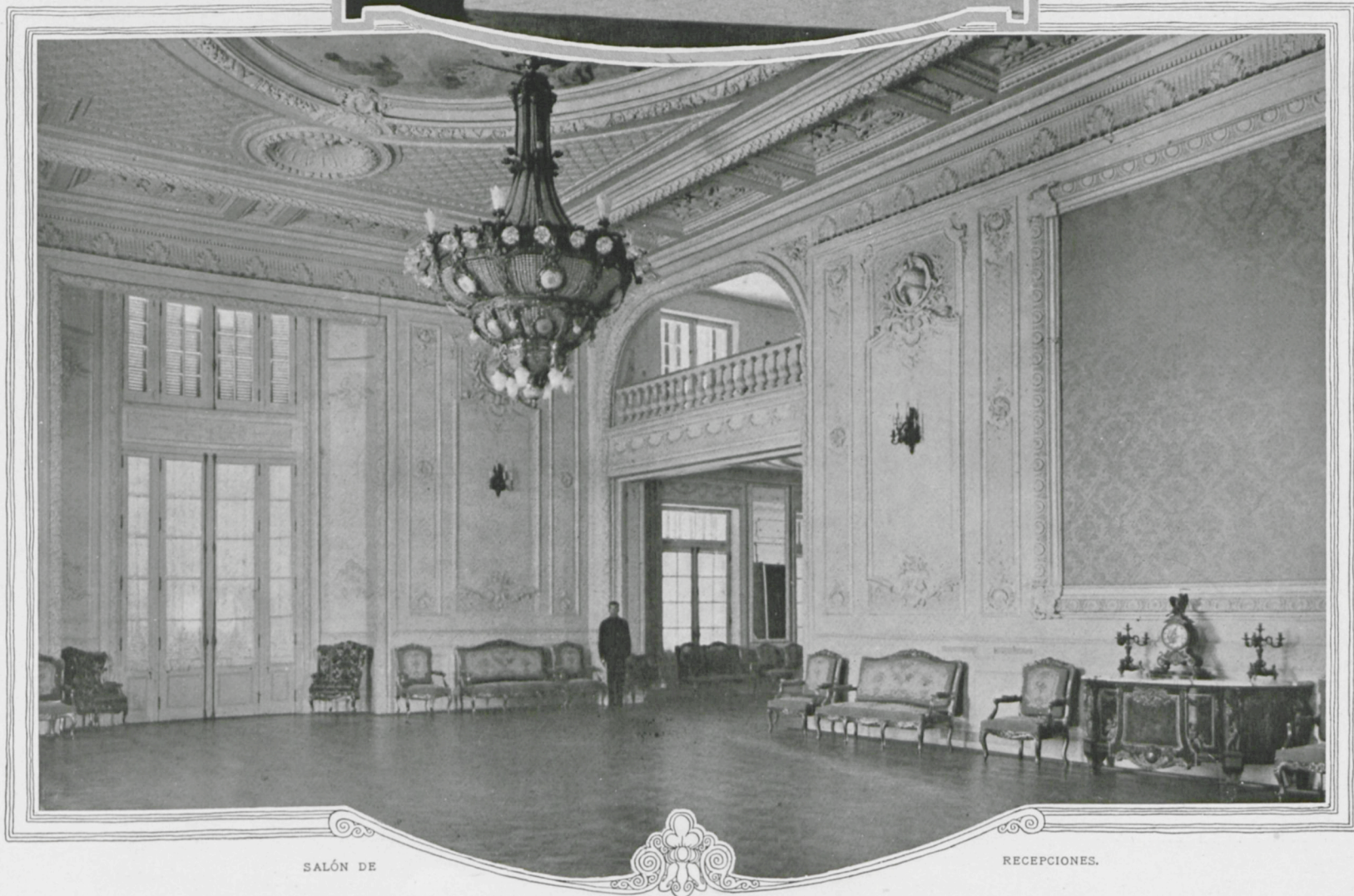
Mar del Plata

por el contrario, tiene un carácter marcadamente social. Se quiso hacer de él, y se ha conseguido, una asociación patrocinadora del balneario, un sitio que congregara a todos los que por su fortuna y su voluntad se encuentran facultados para cooperar eficazmente.

Esa idiosincrasia le distingue de otros clubs. Contados son los de su clase en el mundo, y tal vez no exageraríamos diciendo que el Club Mar del Plata debe considerarse como la primera de las asociaciones, cuya característica es la de reunir un núcleo seleccionado que continúe en los meses de veraneo la vida habitual vivida durante todo el año. Aparte de la sala donde la Fortuna pinta su rueda de rojo y negro, hay muchos salones que la fotografía reproduce al margen de estas breves

FACHADA DEL
EDIFICIO VISTO
DESDE UN PÓR-
TICO DE LA
RAMBLA.

líneas. Todas son
modelos de lujo
y confort. Allí
hay cuanto nece-
sita la complica-
da existencia de

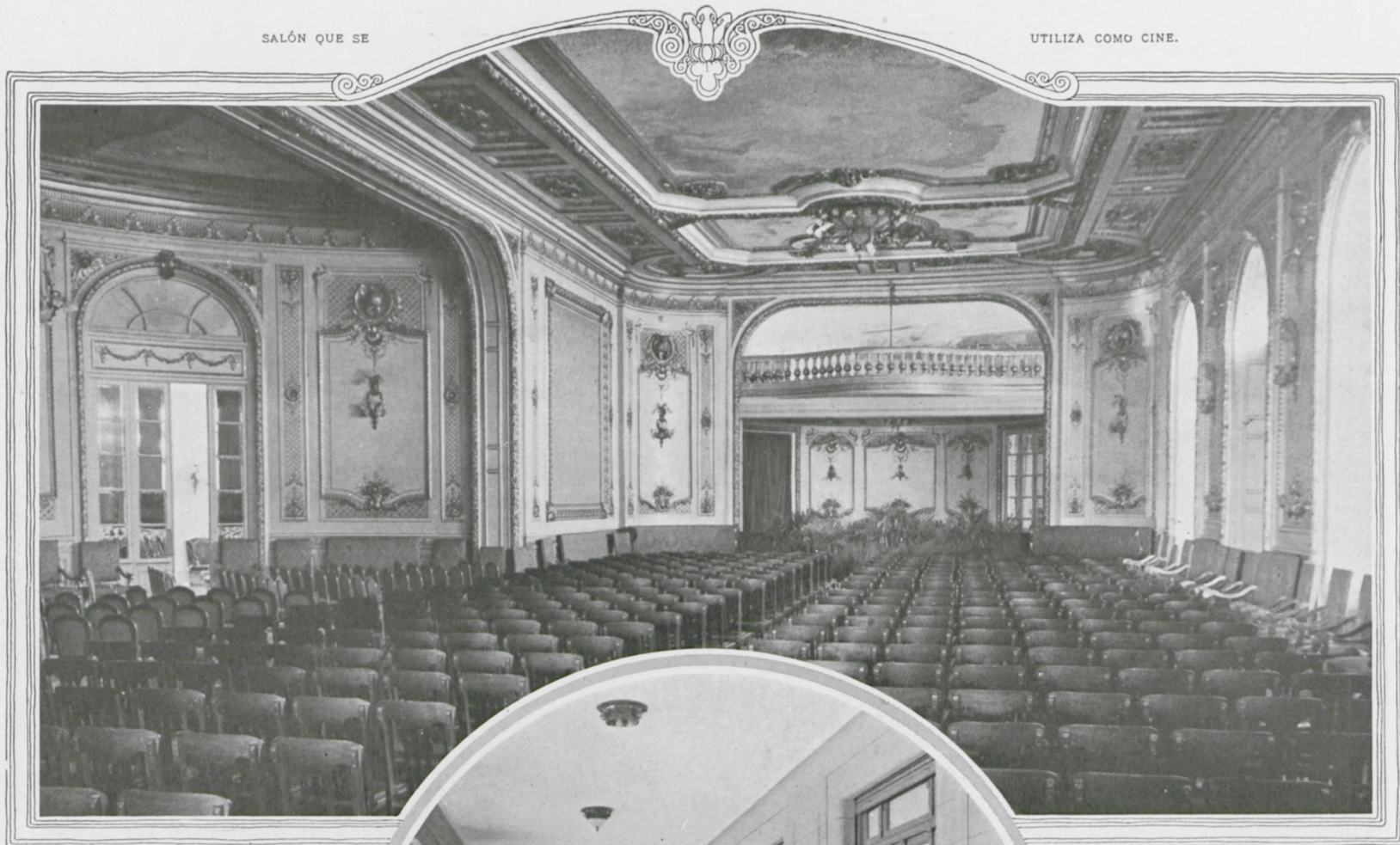


SALÓN DE

RECEPCIONES.

SALÓN QUE SE

UTILIZA COMO CINE.



los hombres modernos adinerados. El mobiliario que se compró para la instalación del club, ahora considerablemente renovado y aumentado, costó 200.000 pesos.

GALERÍA CON MESAS PARA

Durante la temporada estival, se celebran numerosas fiestas de diversa índole: bailes, conciertos vocales e instrumentales, veladas cinematográficas y otras diversiones que los socios organizan. Los festivales de carácter benéfico tie-



JUGAR AL POKER.

nen parte principal en el programa, y no es necesario decir que obtienen resultados magníficos para la caridad.

Además el Club Mar del Plata coopera al alivio de otras necesidades en la medida de sus fuerzas, que son muchas. Cualquier iniciativa de carácter benéfico le halla siempre propicio, y como son muchas las necesidades, muchos son también los socorros que al amparo del club se recolectan.



PARTE DEL COMEDOR

CON VISTAS AL MAR.

UNO DE LOS SALONES DE JUEGO

CON CINCO MESAS DE RULETA.



Está cercana y lejana al mismo tiempo aquella época en que el ilustre periodista doctor Adolfo E. Dávila consagró toda su fuerte voluntad y su iniciativa a la creación del club.

Entonces Mar del Plata era una playa más adonde acudían muchas familias, pero no todas las que debían buscar en aquel balneario el reposo y la tonificación. Necesitábase una institución que, coordinando fuerzas, propendiese al desenvolvimiento y progreso de Mar del Plata.

La empresa parecería fácil, y lo parece aún a los que conocen la historia del club, si no se tuviera en cuenta una circunstancia: el desmedido amor que la sociedad argentina dedicaba antaño a las excursiones trasatlánticas. Viajar por Europa, frecuentando Trouville, Ostende, Biarritz, etc., constituía un timbre de buen tono.

Así, los incansables trabajos del doctor Dávila hallaron regulares escollos. Pero, al fin, él y los amigos que le acompañaban triunfaron. Celebróse una reunión que en *petit comité* aprobó los estatutos presentados por el eximio publicista. Entre los asistentes más entusiastas estaban los doctores Pedro O. Luro, Marcelino Mesquita, Gustavo Frederking y los señores Ramón Idoyaga Molina, Alejandro Ocampo, Federico Gómez Molina, José Guerrico, Jacinto Moss y Amadeo Benítez Ortega. Ellos y el doctor



LA RUEDA DE LA INCONSTANTE FORTUNA DESCANSA CERRADA BAJO LLAVE, ESPERANDO EL MOMENTO DE GIRAR A FAVOR DE UNOS O DE OTROS.

Dávila dedicáronse a procurar la colocación de las acciones.

Desde entonces el triunfo fué rápido. Las acciones, de a mil pesos, quedaron cubiertas, y en catorce meses terminadas las obras de construcción, que importaron trescientos setenta y cinco mil pesos.

La fundación del club marca una era brillante en la historia del balneario. Puede decirse que allí comienza la verdadera vida suntuosa de Mar del Plata. El club ha sido y es el foco intenso, la guía de todas las mejoras edilicias y sociales.

Sus enormes recursos financieros se emplean en el mejoramiento de la ciudad y de la playa.

La Rambla es una iniciativa del club, así como tantos otros trabajos de embellecimiento. Baste citar la pavimentación del boulevard Pedro Luro y el asfaltado del boulevard Colón. La primera de dichas obras costó al club \$ 248.908 y \$ 26.543 la segunda. Sin esa contribución, el vecindario, en el que figuran numerosos socios, no hubiera podido salir adelante con sus propios recursos.

Tal es la historia de esa benemérita institución que no se parece a los clubs habituales que en las temporadas veraniegas actúan en las playas célebres. El Club Mar del Plata lleva a cabo una obra eminente y patriótica.

R. P. OSORIO.



O se respira ya en la ciudad del ruido... la bochornosa temperatura de enero abruma a los prisioneros del poderoso engranaje, a los que anhelamos emigrar también, aunque sólo sea por breves días, para aspirar a plenos pulmones el aire libre, puro, que ha de renovar tantas energías deprimidas...

«Háblenos usted del veraneo elegante», — rezan los firmes rengloncillos que acabo de recibir — «de Mar del Plata, Montevideo o el Tigre...»

He de evocar, pues, las luminosas, animadas escenas de esa vida, en la que se atesora salud y alegría espontánea, verdadera, mientras me retiene prisionera la ciudad del ruido, con su bochornosa temperatura, los estridentes llamados de autos y tranvías, el incesante vocear de diarios y revistas... Sin embargo, el clásico desbande se ha iniciado en esta temporada, con inusitado retardo; hasta la primera quincena de enero, podían admirarse, camino de Palermo, en las barrancas de Belgrano, en las comidas del

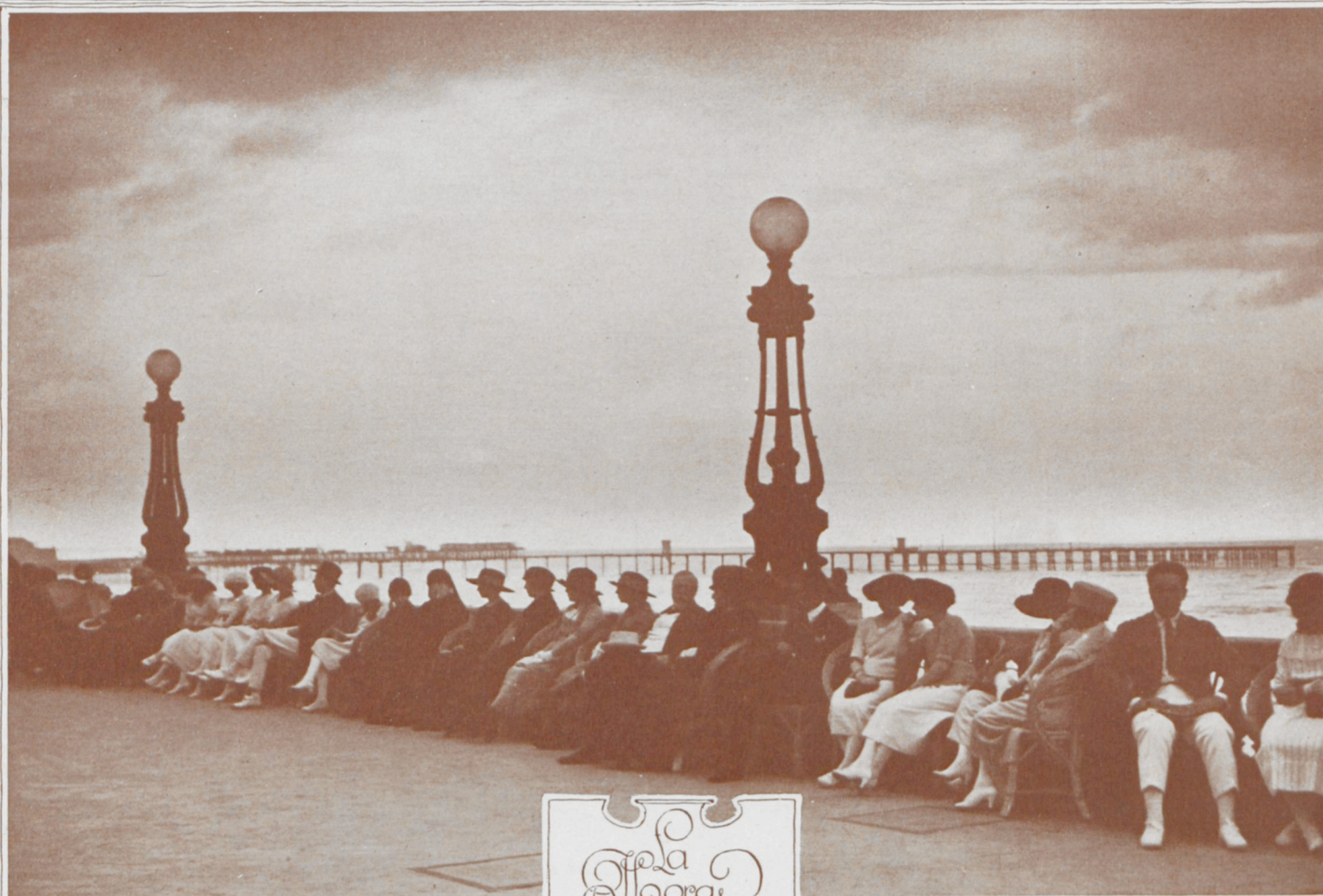
destacan — consecuentes con su tradición — por todas las exigencias que les impone el alto rango o la cuantiosa fortuna... los *nouveaux riches*, se desviven por conseguir que se entreabra para ellos un resquicio siquiera por el cual puedan deslizarse, y llegar a ser algo así como *les immortels* para la crónica mundana; pero abrigando, eso sí, el generoso propósito de rechazar, desde la altura conquistada, a las incautas vinculaciones de ayer, que pudieran creerse autorizadas para seguir cultivando aún su trato y amistad... La presencia de algunos títulos auténticos, representantes de la aristocracia europea, evoca para algunas de nuestras mundanas la nostalgia de aquel

Las Femeninas

Bristol sufre aún las nostalgias de otras temporadas; se reúnen los grupos de arrogantes coquetas mundanas, para ver cómo bailan dos o tres inglesitas decididas a romper el hielo, pero nadie las imita aún, porque se vive recién el prólogo de la *season*, y, por consiguiente, no hay que precipitarse... y la elegante, aristocrática farándola va del Golf a la Rambla y al *Ocean*, para terminar el día en el

cine, sin mayores proyectos ni iniciativas; sólo en algunas de las villas más aristocráticas celebra a diario, el elemento juvenil, animadas *sauteries*, mientras los matrimonios jóvenes pasan las horas engolfados en interminables partidas de poker o de bridge... Releo dos o tres cartas

en el daño que se hace a sí misma, al despertar la curiosidad y la risueña o acerba censura del círculo que la rodea... Cuentan los mismos rengloncillos cómo vulgariza los sitios más agrestes o grandiosos, las escenas más llenas de alegría y de color, esa multitud abigarrada, que afluye como la marea inexorable, afanada por *ser vista*, porque bien sabemos que son contados los que se echan a andar, lenta, serenamente, para admirar el mágico espectáculo... ¿Qué más cuentan mis activas corresponsales? que se destacan, entre tantas airoosas, interesantísimas s.luetas femeninas, la luminosa belleza de Elvira Castro, el encanto juvenil de Mercedes Bosch Marín, de las señoritas de Torres Duggan y de Aldao Unzué; evoca la visión de las rubias bellezas de las leyendas escandinavas la esbelta figura de Celia Sommer; atraen también muchos homenajes las señoritas de Ocampo, de Etcheverry, de Madero y de Cranwell... Dan realce siempre con su presencia a estas primeras reuniones de la temporada la belleza y exquisita distinción de las señoras Mercedes Peña Unzué de Paunero, Victoria Ocampo de Estrada, Francisca Ocampo de García Victorica, Silvia Saave-



La Fiera del Oloro Romántica

Jockey o del Plaza, algunas figuras femeninas de destacada actuación mundana; se las veía llegar, después de la comida, lujosamente ataviadas y escoltadas por un grupo de *snobs*, para cruzar como una visión de belleza y elegancia suprema las románticas terrazas del Tigre o las bulliciosas salas de su casino...

Pero muchas de las arrogantes mundanas han emigrado ya... según las versiones que llegan hasta mí, y que reflejo fielmente, puesto que son la sincera impresión de las viajeras que realizaron el anhelo de divertirse a toda costa, o de las que pasean su tedio, profundamente decepcionadas, por ramblas, *links* o *courts*. Montevideo ha sido elegido este año por la *fine fleur* de la aristocracia porteña; además del sugestivo encanto de la riente capital vecina, su característica, de constituir el veraneo más costoso de todos los que puede ofrecernos esta región de América, influye, naturalmente, para que la Fiera de Vanidades se haga representar allí con todo el boato que le corresponde, sin abandonar, por cierto, el Biarritz argentino, en cuyo escenario se cotizan, como siempre, todas las flaquezas humanas... Los círculos exclusivistas, se

ambiente, en el que cifran todas sus ambiciones; para otras provoca la dolorosa sensación de impotencia contra el destino que las priva de figurar como astro de primera magnitud en el firmamento mundano... Entretanto la crónica diaria realiza su incesante, monótona misión; se anuncia en la ciudad del ruido, que emigraron para Mar del Plata o Montevideo las familias de X o de Z, y a las veinticuatro horas nos responde el telégrafo que ya llegaron a esa las familias de Z o de X... No se habla todavía de bailes, comidas o recepciones en las suntuosas residencias particulares; sólo las comisiones benéficas empiezan a trazarse el programa del año; el gran salón del

escritas con menudos caracteres en transparentes plieguecitos; las he ido coleccionando sobre mi carpeta, para documentarme respecto de las actividades sociales del balneario de moda; los finos garabatos revelan cómo se desmenuza el *potin* del día — y esta vez facilita el tema esta ciudad del ruido — en los círculos del *Ocean*, de la Rambla, del Golf o del Casino; revelan también — porque sería inverosímil que no estuviéramos a la recíproca — el *potin* preferido, de aquella Fiera de Vanidades; la impenitente, ale- vosa coquetería de algunas figuras femeninas, entre las que se destaca una joven señora, enigmática y atraente belleza criolla, persua- fán de acaparar todos los homenajes, sin detenerse a reflexionar

dra Lamas de Pueyrredón, Elvira Soto de Castro, Mercedes Quintana Unzué de Santamarina, María Florentina Moreno de Alzaga, María Elena Saguier de Paz...

Pero el último plieguecillo deja entrever, por encima de todas las pequeñas vanidades y flaquezas, el primer idilio esbozado en la aristocrática playa, entre una de las jovencitas más admiradas durante su breve actuación mundana, delicada belleza que mantiene bien alto la tradición establecida por las representantes de su familia materna; lleva dulce y melodioso nombre y prestigioso apellido ilustrado por su padre, eminencia consagrada en la cirugía argentina.

También él lleva un nombre de gran resonancia en los anales de la medicina argentina, el mismo que llevara el jefe de su hogar, con todos los prestigios del talento y la caballería; su tipo acentuadamente moreno, le ha valido un sobrenombre, que evoca todas las leyendas, sentimentales y guerreras de la España invadida por los musulmanes...

La revelación de este romance nos revela que entre todas las pequeñeces del ambiente se desliza el hilillo de oro que anuda nuestros destinos...

LA DAMA DUENDE.





Sra. Mitre de Rosende

En el banquete que, festejando su cincuenta aniversario, ofreció el 4 de enero, nuestro colega *La Nación*, fué una de las notas más simpáticas la llegada a la fiesta de tres ancianas de la familia, verdaderas reliquias veneradas por sus virtudes. Una, doña Delfina Mitre de Drago, hija del gran prócer, que ha colaborado asiduamente en el diario desde su fundación. Mujer de una discreción y de una cultura tan exquisita y de una sensibilidad tan afinada, que escribe hoy en el diario que vió nacer crecer y prosperar, y lo hace con una psicología tan moderna, con un espíritu tan amplio, con una adaptación crítica tan justa, que sus páginas muestran la evolución diaria de un espíritu superior que ha seguido la corriente ascendente de la vida en todos los órdenes, sin detenerse contemplativa en el pasado, por más que ese pasado sea tan lleno de recuerdos como es el suyo, dado el medio intelectual y alto en que actuó desde niña: la otra, doña Josefina Mitre de Caprile, hija del general y tronco de la

EL LAUREL

Naciendo la mañana, alzábase pomposo
Con noble gentileza magnífico laurel;
Y dicen que la aurora, al verlo tan hermoso,
Suspiró de contento y enamoróse de él.

Blandió el laurel sus tallos con arrogante brío,
Y cuando al cielo altiva la frente levantó,
Cayó sobre sus hojas tal lluvia de rocío,
Que al ímpetu doblóse y de placer gimio.

La brisa, en tal momento, meciéndose ligera
En sus espesos ramos, le dijo al resbalar:
— «Soy de la reina Aurora la esclava mensajera
Oye lo que en su nombre te vengo a confiar.

Tu majestad brillante, tu juventud preciada,
El lujo de tus hojas, tu espléndido verdor,
La tienen por tu dicha de amor enajenada;
Yo traigo en mis suspiros las prendas de su amor.

Y porque siempre viva eterna en su memoria
De su cariño tierno la gracia celestial,
Serás entre los hombres un símbolo de gloria,
La frente que tú ciñas también será inmortal.»

Dijo, y en vuelo fácil, inquieta y bullidora,
Hacia el rosado Oriente sus alas dirigió:
Cayeron nuevas perlas del manto de la Aurora;
Se alzó el laurel de nuevo y el sol lo iluminó.

JOSE SELGAS CARRASCO.

Septiembre, 1849.

respetable familia de ese apellido, y una de cuyas nietas, apenas llegada á la vida, ha conquistado ya un puesto en la literatura nacional con *Nieve*, el interesante libro de versos que ha sido el éxito del año; y por último, la señora Edelmira Mitre de Rosende, la única hermana del prócer, que el día antes de la fiesta había celebrado su ochenta y siete aniversario y cuya entrada fué saludada con una salva de aplausos.

Como el que esto escribe preguntara a la señora de Drago si aquella conservaba aún buena salud, le contestó:

— No sólo salud corporal, sino una memoria tan admirable, que esta tarde me recitó esos versos de un poeta anónimo, versos que aprendió allá en su niñez, y que puede hoy recitar en su ancianidad.

Como se ve, la composición está hecha en el gusto sencillo de aquel tiempo, y nunca pensaría su simpático autor que, recogida en la memoria de una niña, setenta años después saldría a luz y sería recitada con emoción por una anciana y escuchada con recogimiento por una selecta sociedad de literatos y periodistas, en 1920.

NUNCA.

St. Sarah
Heibner

Nunca, nunca otros labios te besarán así,
ni ojos habrá que lloren de amor como he llorado,
ni manos que temblando se acerquen hacia ti
con la ternura inmensa con que yo me he acercado.

Ni corazón más claro, ni dolor más fecundo
hallará la arrogancia de tu frente cansada,
ni un decir más sencillo, ni un sentir más profundo,
encontrarás de nuevo en la larga jornada.

Y cuando yo haya muerto y caminos doliente
evocando mi nombre ante cada mujer,
mi espíritu y mi carne te obsedarán fervientes...
¡y ya no podrá ser!..



St. Marcelle
Auclair

EL PEREGRINO

De haber amado tanto y tanto combatido,
de haber sembrado tanto y tanto recogido,
¡mi cuerpo fatigado, mi espíritu rendido!

De haber hacia la tierra prometida marchado,
de haber sufrido tanto y tanto perdonado,
¡mi espíritu rendido, mi cuerpo fatigado!

De tanto que me dieron y tanto que he buscado,
de haber, después de tantas jornadas devanado,
la madeja sin fin de tantas horas yertas,
de haber golpeado en vano en las ajenas puertas,
¡todo mi ser, Dios mío, vacila fatigado!

Sobre tu seno, ¡déjame arrojar el Pasado!
Y rápido, sintiendo un vigor auroral,
comenzaré ¡de nuevo! el sendero eternal.

UN FENÓMENO LITERARIO DIGNO DE NOTA Y ALABANZA, ES LA CRECIENTE INVASIÓN FEMENINA EN LOS DOMINIOS DE LA PROSA Y DE LA POESÍA. EN SUDAMÉRICA, SOBRE TODO, EL NÚMERO DE LAS ESCRITORAS Y POETISAS VA FORMANDO UNA NUTRIDA Y BRILLANTE LEGIÓN. A LOS NOMBRES YA CONOCIDOS HAY QUE AGREGAR, ENTRE OTROS, LAS DE LAS INSPIRADAS ARTISTAS CHILENAS QUE FIRMAN ESTAS DOS SENTIDAS COMPOSICIONES.



CABEZA DE VIEJO
OLEO D F DOMINGO

PROPIEDAD
DE D. ALFREDO
GONZALEZ
CARAÑO





La conservación de la belleza femenina.

Conservar la belleza y la plasticidad del cuerpo, es quizás la preocupación más grande de la mujer, cuando ve avanzar los años y comienza a notar sus estragos.

IPERBIOTINA MALESCI

no detiene el avance de los años, pero evita sus consecuencias, conservando el cuerpo joven y las energías vitales en toda su plenitud.

VENTA EN DROGUERIAS Y FARMACIAS

Preparación patentada del Establ. Químico Dr. Malesci - Firenze (Italia)
Inscripta en la Farmacopea del Reino de Italia

UNICO CONCESIONARIO - IMPORTADOR
EN LA REPÚBLICA ARGENTINA:

M. C. de MONACO ≡ 871 - VIAMONTE - 871
BUENOS AIRES

LEON DE PIEDRA DOMINANDO AL HOMBRE

Las continuas excavaciones que se realizan en las minas de Babilonia y sus alrededores, ponen al descubierto numerosas muestras del arte peculiar de aquel antiquísimo y misterioso pueblo.

Se han realizado hallazgos de inmenso valor histórico que ponen de relieve el alto grado de civilización alcanzado por los babilonios. Las murallas, que los retratos históricos hicieron célebres, resultan en la realidad mucho más grandes de lo que la fantasía de hebreos y griegos pudo imaginar. Las estatuas sorprenden por lo colosal de su tamaño.

Entre las esculturas descubiertas, llama la atención la que reproduce nuestro fotograbado. Aunque el tiempo y las operaciones de excavación la han mutilado enormemente, todavía queda lo bastante para darse cuenta de la magnitud de tan grandiosa obra.

Un león toscamente estilizado mantiene bajo su cuerpo y sus garras a un hombre tendido de espaldas.

Aun no se sabe lo que se pretendería simbolizar con esta escena de muerte.

Tal vez se trate de una estatua totémica, de un dios cuyo temible poder se hallaba representado por la figura del rey de las selvas, asesino de hombres, a quien el humano miedo rendía un culto devoto. La escultura pertenece a una de las primitivas civilizaciones babilónicas.



EL TEMPLO DE NAKHON WAT, EN CAMBODGE



UNA DE LAS MARAVILLAS DE LA ANTIGUA ARQUITECTURA ASIÁTICA ES ESTE MAGNÍFICO EDIFICIO SAGRADO, QUE AUN SE CONSERVA CASI COMO CUANDO FUE CONSTRUÍDO HACE SIGLOS. EL TEMPLO DE NAKHON WAT ESTÁ CONSIDERADO COMO UNA RELIQUIA DE LA RELIGIÓN BUDISTA, QUE TANTAS MUESTRAS DE ARTE HA SABIDO DAR.



MUEBLES Y
DECORACIONES

ALFOMBRAS
CORTINAS

PORCELANAS
Y
ELECTRO-PLATA

MAPLE

558 - SUIPACHA



VINOS
AUTÉNTICOS
DE
FRANCIA

MEDOC
\$ 16 la docena

Pidan nuestro nuevo
Catálogo ilustrado.

CHAMPAGNE DUMINY & DE MARSAT
LIQUEUR DE LA VIEILLE CURE
GRANDS VINS MOUSSEUX
COGNAC "LA GRANDE MARQUE"

MAHLER-BESSE & Cía.

Libertad, 485

Buenos Aires

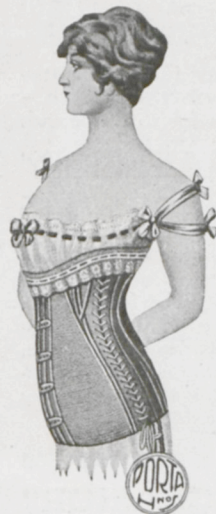
Unión Telefónica, 741, Rivadavia



PARFUMERIE
THISBE

PRODUCTOS
DE LUJO

SATISFACEN LOS GUS-
TOS MÁS EXIGENTES.



FAJAS SOBRE MEDIDA
PARA
HOMBRES Y SEÑORAS

DISPONEMOS DE UN EXTENSO SURTIDO DE MODE-
LOS, TANTO PARA EMBELLECEER EL CUERPO COMO
PARA CUALQUIER DEFECTO DEL MISMO.

SE APLICAN EN LAS FAJAS, PLACAS PNEUMÁTICAS
(LEGÍTIMAS) PARA LOS CASOS DE RIÑÓN MÓVIL, DI-
LATACIÓN DEL ESTÓMAGO, ETC., CON RECETA MÉDICA.

MEDIAS Y VENDAS ELÁSTICAS, BRAGUEROS, ETC.

PIDAN PRECIOS

PORTA HERMANOS
CALLE PIEDRAS, 341 - BUENOS AIRES

LOS HIELOS DEL POLO ARTICO



TODAS LAS FOTOGRAFÍAS DEL HELADO E INMENSO DESIERTO OFRECEN SUGESTIVO ENCANTO A TODOS LOS QUE LAS CONTEMPLAN. EN ÉSTA, DONDE LOS TÉMPANOS SE PIERDEN EN EL HORIZONTE, LA FUERTE FIGURA DEL REY DE LAS BLANCAS LLANURAS AÑADE UNA NOTA MÁS AL ESPLÉNDIDO CONJUNTO.



Pida a su librero
Tinta de escribir

Stafford's

*Siempre la misma.
La mejor. - Hay de
todos los colores y
para todos usos.*



Las damas de distinción
prefieren
Agua de Colonia Añeja

Yardley

por su genuino y delicioso perfume.
El mejor, sin costar más caro

VENTA EN PERFUMERÍAS, FARMACIAS Y TIENDAS
Y EN MAR DEL PLATA: LUTZ, FERRANDO Y CIA.,
RAMBLA 117. CASA TROTTA. RAMBLA 150.

YARDLEY (Est. 1770) 8, New Bond Street, LONDON

AGENTES EXCLUSIVOS
PAUL J. CHRISTOPH COMPANY
166, LIBERTAD, 172 - BUENOS AIRES



El éxito en el negocio de Criar Aves es muy fácil de obtenerse, si se sabe comenzar bien. Las buenas INCUBADORAS y CRIADEROS son el verdadero secreto del éxito.

Las Incubadoras del Criadero "EXCELSIOR"



se han conocido por todo Sud América, por más de 30 años. Es la única casa especialista en el ramo de Avicultura moderna que tiene criadero propio instalado con todos los adelantos modernos en los suburbios de la Capital, con un costo de 500.000 pesos. Los precios de estas incubadoras, han de sorprender a Vd. Son más baratas que cualquier otra. Hay tres sistemas: a kerosene, de agua o aire caliente, y a corriente eléctrica. Pida los precios. Hay de 35, 60, 100, y 200 y hasta 1000 huevos.

Se devuelve el dinero, si no se empollan

Exposición de Avicultura "EXCELSIOR"
BELGRANO, 499 - Bs. As. Remitir sellos para enviar el Catálogo.



PLVS VLTRA

PUBLICACIÓN MENSUAL ILUSTRADA
SUPLEMENTO DE «CARAS Y CARETAS»

Dirección y Administración: Chacabuco, 151/155 - Bs. Aires

**PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
EN TODA LA REPÚBLICA**

Trimestre (3 ejemplares).....	\$ 3.— ^{m/2}
Semestre (6).....	» 6.—
Año (12).....	» 11.—
Número suelto.....	» 1.—

EXTERIOR

Año.....	\$ oro 5.—
Número suelto.....	» 0.50

Pueden solicitarse suscripciones o ejemplares sueltos a todos los agentes de CARAS Y CARETAS, o directamente a la administración, calle Chacabuco, 151/155, Buenos Aires.



Productos de distinción
para el baño y el tocador.

Cual suave caricia del céfiro matinal, cual un beso del ser amado que roza el cutis y se esfuma dejando voluptuosa sensación, — así invaden los sentidos el perfume y la frescura de los exquisitos

Productos de Belleza **Luxor**
y Jabón Curativo **ARMOUR**

POLVOS, CREMAS, LOCIONES, EXTRACTOS, JABONES, SALES, DENTIFRICOS, TALCOS, SHAMPOO, ARTICULOS DE MANICURA, ETC., ETC.

Pídanse en todas las tiendas, farmacias y perfumerías

ARMOUR and COMPANY — CHICAGO, ILL., E. U. A.

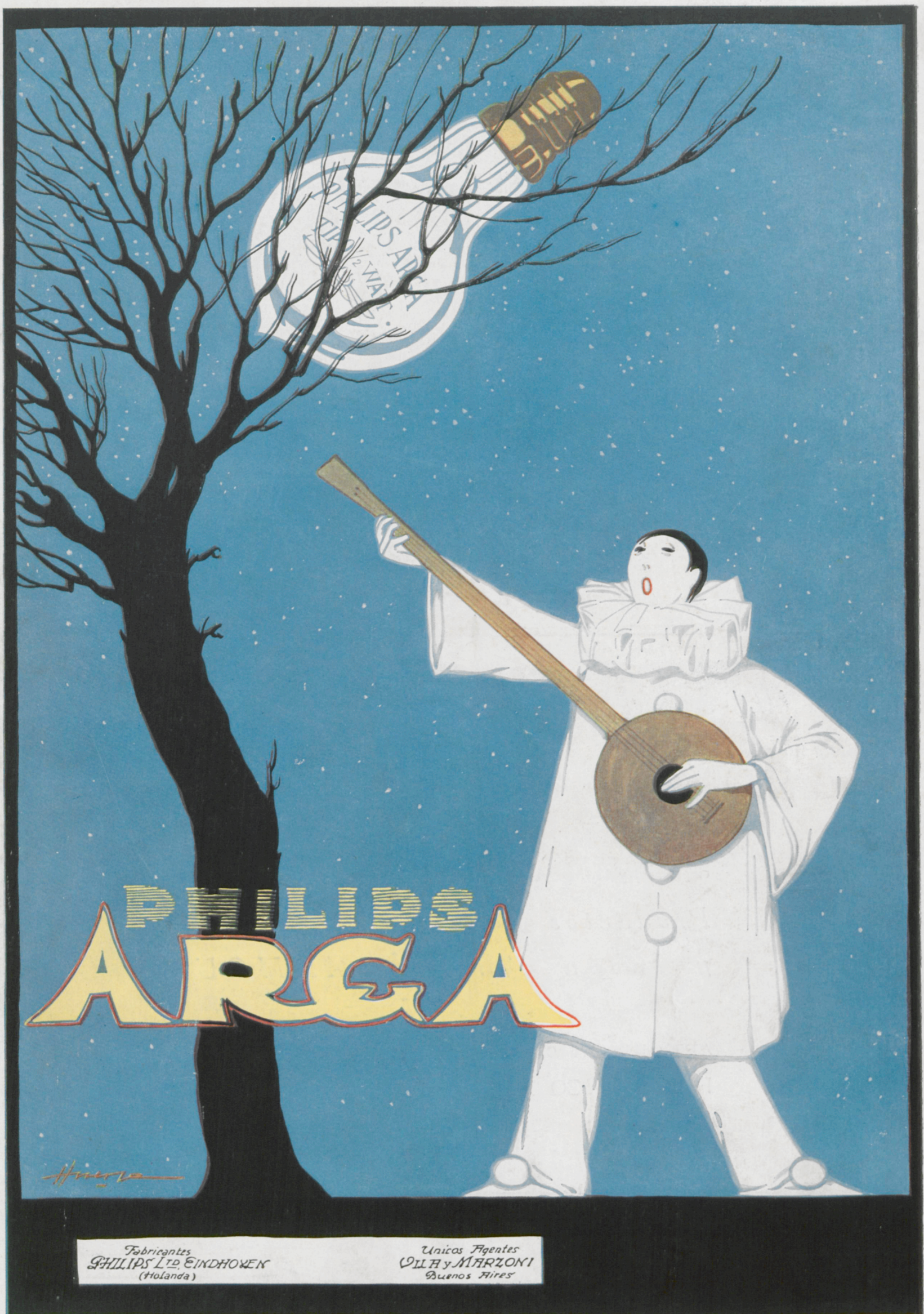
REPRESENTANTES:

FRIGORIFICO ARMOUR DE LA PLATA S. A.

Exposición y Venta al por mayor:

650, AVENIDA DE MAYO, 670 - Buenos Aires







Ibero-Amerikanisches
Institut
Preußischer Kulturbesitz

2.0	5.6	5.0
2.2	6.3	4.5
2.5	7.1	4.0
2.8	8.0	3.6
3.2	9.0	3.2